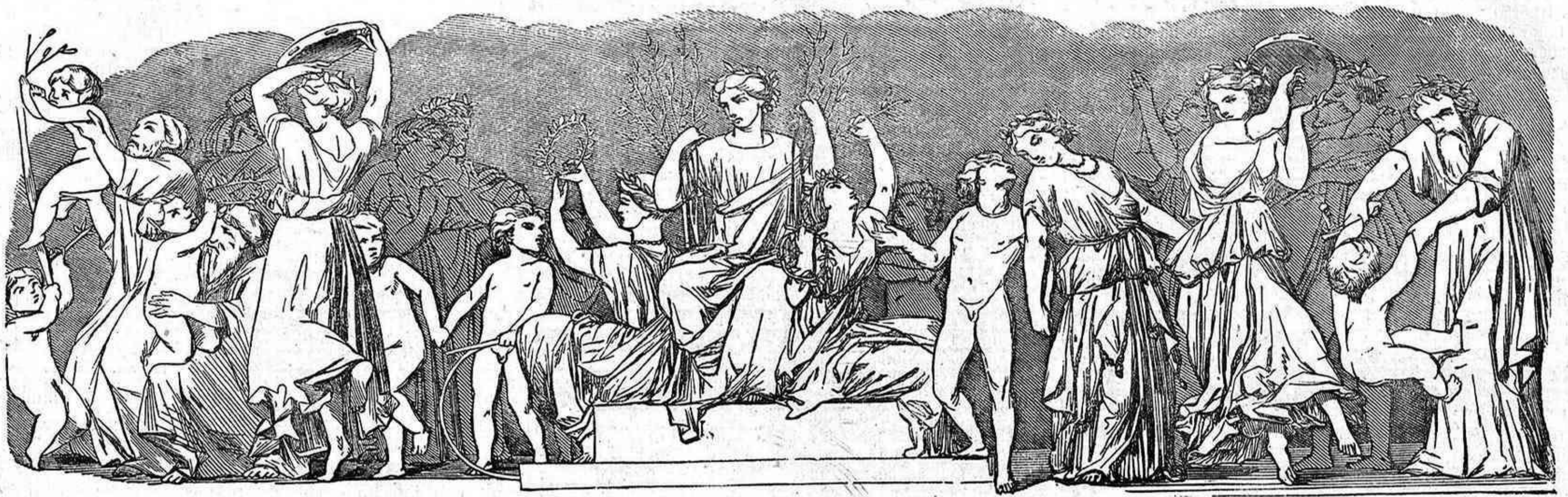


LA ILUSTRACION, SUPLEMENTO.



CRITICA LITERARIA.

TOMO XIX DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Obras completas de D. Manuel José Quintana.

Muchos juiciosos y aventajados críticos de nuestra España y del extranjero han hablado con encomio de esta publicación, así por la magnitud de la empresa, como por la acertada elección de los compiladores, la corrección y claridad del texto, y la constancia y fé en lo porvenir que se requieren para persistir valerosamente en un propósito tan ageno de esta época, en que el gusto de las letras está espirante, ocupados exclusivamente los espíritus de las especulaciones industriales y mercantiles, ó de las no menos antiliterarias y mucho mas bastardas elucubraciones de la política militante. Nosotros creemos que el mayor encarecimiento que puede hacerse de la *Biblioteca* del señor Rivadeneira, es su inmediata utilidad. La ignorancia casi general de nuestros escritores; su general pobreza, que les impedía procurarse esos modelos eternos de nuestro lenguaje, casi siempre por su costo, no pocas veces por su rareza, condenábalos á no alimentar su ingenio sino con el pernicioso pasto de la literatura francesa de nuestros días, bastardeada por mas de un motivo, y del cual podían saciarse sin trabajo ni dispendio, en la diaria y múltiple exhibición que á sus ojos y oídos presentaban los teatros y la prensa periódica. El señor Rivadeneira, vulgarizando nuestros buenos modelos y poniéndolos al alcance de todas las clases de la sociedad, ha hecho un importantísimo servicio á la lengua y á la literatura patria.

No es nuestra intención ni á nuestro propósito conviene hacer aquí un juicio crítico de las obras del señor Quintana. Trabajo es este que requeriría mas tiempo del que tenemos, y el cual sería de poca ó ninguna utilidad, pues el autor no había de aprender nada de nosotros, y el público no lee críticas (á lo menos de cierta especie), en lo cual hace bien, y aun mejor de lo que puede parecer á primera vista. Con todo, no queremos dejar de apuntar aquí algunas opiniones que, no ahora, sino en lecturas anteriores, hechas en diferentes épocas y países, hemos formado de las obras del señor Quintana.

Como poeta lírico, no es posible negarle uno de los primeros lugares en nuestro Parnaso, por su grandilocuencia, por su elevación y energía.

Lástima y grande que las doctrinas de los enciclopedistas le sirviesen de norma, así en filosofía como en historia: el escepticismo hace estrechas y mezquinas las mayores inteligencias. Y sin embargo, y á despecho de tan lastimosas trabas, todavía se elevó no pocas veces el claro poeta á su natural altura, como en la bellísima composición que empieza:

Virgen del mundo, América-inocente...

en la oda *al mar*, y en otras varias que no citamos por evitar prolijidad.

Como autor dramático no nos parece tan elevado el señor Quintana, si bien en *El Pelayo* y *El Duque de Visco*, hay á cada paso destellos de verdadero genio; y en estas como en todas sus obras, acendrado patriotismo y sincero amor á la libertad.

Sus *Vidas de Españoles Célebres* son excelentes modelos de este género de trabajos, y es ciertamente lamentable que con tantas fuerzas no haya emprendido el autor la historia especial de alguno de los muchos períodos de la nuestra, que permacecen nada mas que indicados en nuestras historias generales.

Finalmente, creemos muy dignas de ser leídas y aun meditadas sus *Cartas á lord Holland*, en las cuales encontrará la estudiosa juventud no pocas lecciones de sana política, é infinitos preceptos de puro y acendrado patriotismo.

Por conclusion, creemos que el tomo XIX de la *Biblioteca de Autores Españoles* será leído con sumo gusto y grande aprovechamiento por todos los aficionados al estudio de las letras, en las vastísimas regiones en que domina como nativa la hermosa lengua de Lope de Vega, Cervantes y Calderon.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

UNA MUGER COMO HAY MUCHAS.

NOVELA ORIGINAL

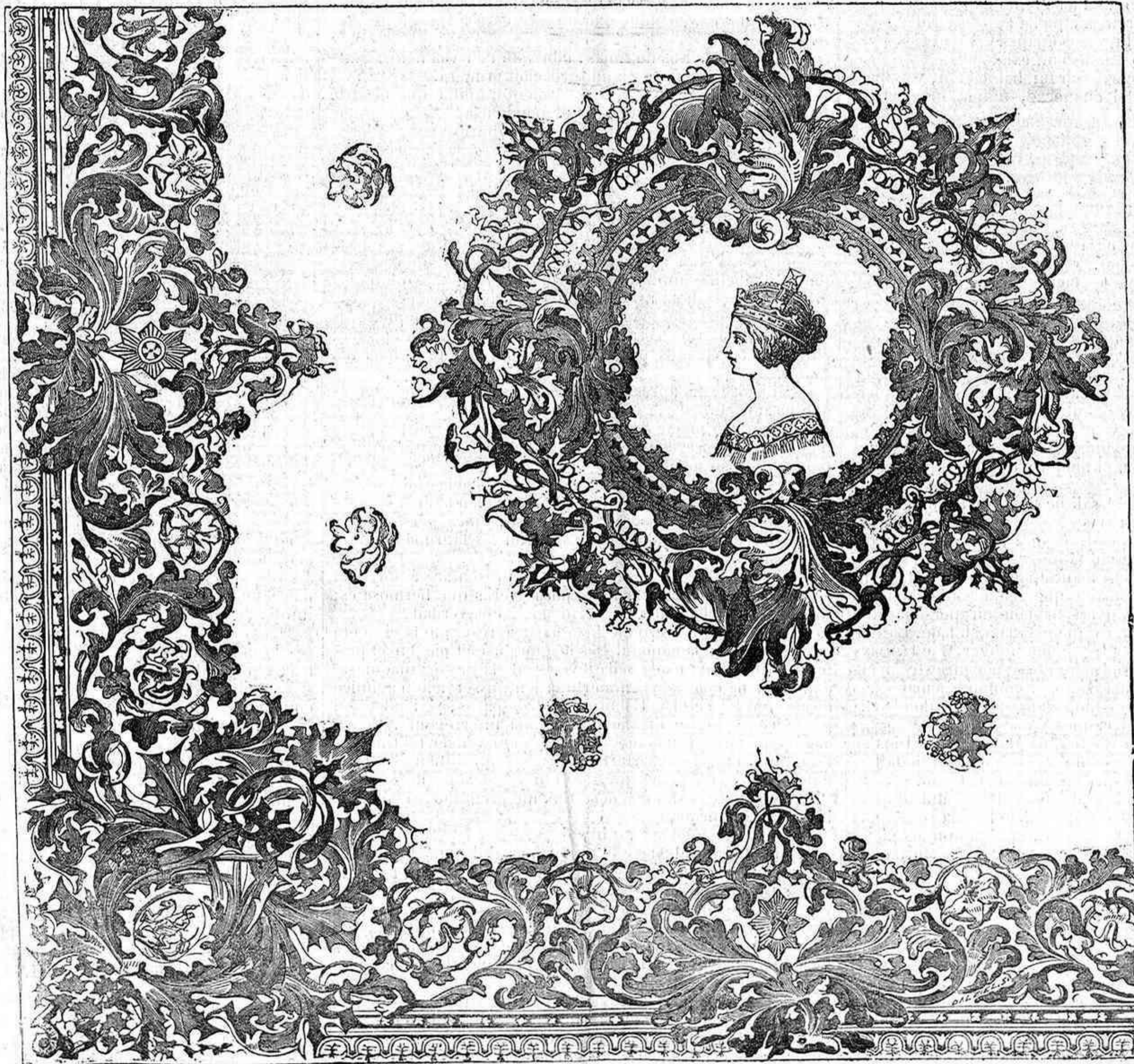
DE VICENTE RODRIGUEZ VÁRO.

Hace algun tiempo que recibí por el correo de Sevilla un abultado paquete, que me apresuré á abrir con mano trémula, porque al verle se apoderaron de mi alma una turbación

y una ansiedad, que me hicieron considerarle como mensajero de desgracia. Rasgué la cubierta, y encontré primeramente una pequeña carta, que por hallarse separada de los demás papeles quise leerla al instante, juzgando que en ella encontraría la breve esplicacion que deseaba. La desdoblé con una agitacion que iba en aumento, y lei lo siguiente:

«Amigo querido: permíteme que te dé tan dulce nombre en este instante supremo, y sea el solo consuelo de un corazón lacerado el recuerdo de tu amistad y el de tus beneficios. ¡Infeliz! al abandonar un mundo que ha secado las mas bellas inspiraciones de mi alma, he buscado con afán un pecho tierno donde depositar la historia de mis desventuras. ¿Lo crearás, tierno amigo? Me ha sido insoportable la idea de bajar al sepulcro sin dejar en ese mundo que odio un solo recuerdo, por triste que sea. El único afecto que poseo es el tuyo, y por eso de tí solo me despidió, queriendo, en cambio, que derrames alguna vez lágrimas tristes á la memoria de tu amigo.»

«No creas que la resolución que he tomado de abandonar el mundo, es hija de algun arrebató momentáneo, de esos vértigos funestos que padece el hombre, en los que desoyendo la voz de la razon escucha solo la de sus pasiones. No, querido amigo. La idea del suicidio se ha presen-



Mantel.

tado á mi mente tan bella y halagadora, que no dudé un momento en acogerla con entusiasmo y en identificarme con ella. Huérfano, sin parientes y aun sin amigos, pues jamás los tiene el desgraciado, la esperanza de morir ha vuelto ya muchas veces su energía á los casi apagados latidos de mi corazón. Ay! ¿por qué le hizo Dios tan sensible, si había de padecer tanto?

«Adios, adios para siempre: la necesidad que siento de desahogar mi pecho, me hace parecer débil y acaso cobarde; cuando anima todo mi ser una ciega confianza y una firmeza que me sorprende. Lee con atención el cuaderno que te remito, y si como creo, eres sensible á mis desgracias, disculparás la funesta resolución que he tomado. En este instante no guardo rencor alguno al ser que me ha sumido en la desesperación, arrancándome una á una las ilusiones mas dulces, las esperanzas mas bellas...

«Por última vez adios. Si el cielo escucha benigno los votos del hombre desgraciado, á quien en breve juzgará el mundo criminal, hallarás sobre la tierra toda la ventura que no ha sabido alcanzar tu cariñoso amigo.

CÁRLOS.»

El mismo dolor me dió fuerzas para acabar la lectura de la carta de mi amigo. ¡Infeliz! si hubiese estado á su lado, yo le hubiera disuadido de un proyecto temerario que Dios anatematiza, y que los hombres rara vez disculpan. Lágrimas del corazón se agolpaban á mis ojos, aumentándose mas y mas mi desconsuelo, cuando retrocediendo el pensamiento á lo pasado, me representaba fielmente la imagen de mi amigo, bañada en ese tinte melancólico que tanto nos interesa, como verdadero reflejo que es siempre de un corazón sensible y amante. La impresión que experimenté al verle por vez primera, fué tan tierna y tan simpática, que no pude dejar de anárle, conmoviéndome vivamente al contemplar su frente mustia y abatida, marca indeleble que imprime siempre el dolor. Era un joven de unos veinte y cinco años, de gallarda presencia y de modales distinguidos, «admirándose en todo él, ese aire fino y elegante, que es el mas bello ornato de la persona, y con el cual jamás consiguen disfrazarse las gentes de baja esfera. Sus ojos eran negros, sombreados por largas pestañas, y era su mirada, aunque ardiente, dulce y compasiva, donde se leían hasta los mas recónditos sentimientos de un corazón de fuego. Tosca mi pluma, apenas puede delinear los nobles rasgos de aquel semblante varonil, verdadero tipo de belleza, donde se encontraban retratadas las mas hermosas cualidades, y cuyo conjunto ofrecía una mezcla extraña de respeto, de confianza, de firmeza y de ternura.

Pobre Carlos! ¿Cuántas veces, aunque mas joven que tú, he tenido que reprenderte tu candor y tu desinterés! ¡Y cuántas he derramado dulces lágrimas, acordándome de tu bondad y de tu confianza!

Con un movimiento convulsivo tomé precipitadamente la carta de mi amigo, y como si fuese la de una amante, besé repetidas veces con ciego frenesí aquella letra querida, guardando junto á mi corazón el precioso papel. No lo estrañéis, por Carlos hubiera yo dado gustoso mi existencia.

Inmediatamente me encerré en mi habitación, y empecé de esta manera la lectura del cuaderno, última memoria de mi amigo.

I.

Muchas veces me has preguntado con afán la causa de mi tristeza: jamás quise manifestártela, por no recibir consuelos que no hubieran hecho otra cosa sino ahondar mas y mas la profunda herida de mi corazón. Oyela ahora, y no te sorprenda la sinceridad con que te confesaré mis defectos y flaquezas. Bien puedo hacerlo sin temor, no solo porque he jurado descubrirte los mas recónditos arcanos de mi pecho, sino tambien porque siendo imposible presentarme otra vez ante tu vista, no podrá el rubor de la vergüenza colorar mi semblante. Tambien me anima la idea de creer que tu corazón sabrá disculparme, porque para el ser que ya no existe, guarda el hombre solamente sentimientos de compasión y de indulgencia. Sí; te ruego no olvides que el que escribió estos renglones habrá ya comparecido delante del Criador, y jamás se debe ser inexorable con el hombre que ha sido juzgado por la justicia divina.

El día 3 de agosto de 1849 salí de Sevilla en el vapor *Rápido*, á fin de tomar en Cádiz los baños de mar, que me eran indispensables. Paseaba con distracción sobre la cubierta del buque, examinando con el aire vago y distraído del viajero las personas que allí se encontraban, cuando de repente se fijaron mis miradas en una jóven que sentada muellemente sobre unos almohadones, conversaba con un personaje de edad avanzada y aspecto severo que estaba á su lado. La impresión que me causó la vista de aquella muger, fué tan viva y tan agradable, que agitado todo mi ser por un estremecimiento eléctrico, apenas podía contener con ambas manos los latidos de mi corazón. Mis ojos no se apartaban de donde ella estaba, encontrándola cada vez mas y mas bella.

Era uno de esos seres perfectos que la mano de Dios se esmera en formar, como queriendo darnos una idea de la belleza suprema de los ángeles que circundan su trono.

Tenia su rostro tal expresión de bondad y de dulzura encantadora, que al contemplarle quedaba el alma sumergida en un piélago de ternura y de delicias, sintiendo unos goces inefables, hasta entonces desconocidos. Jamás Murillo en sus momentos de entusiasmo ha ideado tanto candor, y hubiera envidiado para sus vírgenes aquel semblante ideal, aquel cuerpo gracioso y aéreo, aquellos contornos tan puros y delicados, y aquel perfume delicioso de tranquila inocencia, que forma el mayor embeleso de los seres privilegiados.

Me parece que la estoy viendo con su traje blanco, que la hacia parecer mas bella y mas casta. Apoyada la cabeza sobre su brazo, el color negro de sus rizados cabellos hacia resaltar la blancura de su mano, que salía graciosamente de entre vistosos encajes. Estaba recostada con tal languidez y tan dulce abandono, y era tanta su hermosura, que creí ver en ella una diosa de la antigüedad pagana, descansando en su carroza, y ufana con su poderío. Oh, perdona mi entusias-

mo! Todavía la adoro, y una palabra suya podría hacerme aun el mas feliz de los hombres.

De repente volvió sus ojos y los fijó en mí con un empeño tenaz: yo bajé los míos confuso y avergonzado de que me hubiera encontrado obserándola. Viéndome bajo la influencia magnética de aquella mirada, tímido y aturrido no osaba moverme, y hubiera dado la existencia por no encontrarme en tan crítica situación. No veía su mirada, pero la sentía pesar sobre mí, ardiente y fascinadora, como una nube de fuego: la sangre hervía en mis venas, y aunque intenté recuperarme varias veces, eran vanos mis esfuerzos para desechár el encanto que me oprimía y me anonadaba. Respiré al fin con libertad, sintiendo que ella se había levantado. La vi en efecto bajando á la cámara, apoyada en el brazo del anciano. Entonces corrí precipitado al sitio que acababa de abandonar, y apoyé mis labios respetuosamente sobre el almohadon, que todavía conservaba el ligero hundimiento que le imprimiera su cuerpo. Ay! aquella muger era ya mi dios, y no sé si era mas grande el amor que la profesaba, ó el respeto que la tenía.

Tímido y apasionado quería contemplarla continuamente, y no me atrevía á bajar á la cámara, temiendo ofenderla con mi presencia.

Hé ahí, pensaba yo, como existen seres capaces de inspirar esas grandes pasiones que cantan entusiasmados los poetas. Concibo ahora muy bien que haya hombres que sacrificuen gustosos las mas arraigadas convicciones, el honor, la vida misma, por obtener una sola mirada compasiva del ídolo á quien adoran. Se engañan los que dicen que los grandes afectos son una mentira, hermosas quimeras creadas por la exaltada imaginación de un Goethe. Estoy convencido de que esos hombres inmortales que la posteridad aclama como genios, no hicieron otra cosa mas que retratar fielmente los afectos que sintieron. Jamás hubieran sido tan ardientes las inspiraciones del divino Rafael, á no haber tenido siempre á su lado, alentándole y derramando sobre él los goces mas inefables y los consuelos mas dulces, aquel ser bello, de cuyas gracias y perfecciones nos ha dejado copia en sus cuadros. Jamás serian tan tiernas las canciones del Petrarca, si no hubiese amado á la sensible Laura. Oh! sí: es preciso que el hombre que ve correspondida su pasión por uno de esos ángeles divinos, se encuentre inspirado, y se eleve sobre la humanidad entera, solo con pintar lo que siente su alma. Yo mismo creo que si esa muger quisiera, podría encender en mi pecho la llama del entusiasmo, y rodear mi frente con la aureola inmarcesible de la gloria.

Un ligero golpe que me dieron en la espalda me distrajo de mis reflexiones. Volvíme prontamente, enojado contra el importuno que me interrumpía, y juzga de mi sorpresa al encontrarme frente á frente con el anciano que acompañaba á la hermosa jóven. Pensé que aquel hombre había leído en mis miradas la pasión volcánica que me abrasaba, y lo creí con bastante derecho para reprenderme y humillarme.

—Caballero, me dijo con la mayor urbanidad y el tono mas afectuoso, perdone V. si le distraigo, pero se parece V. tanto á un antiguo amigo mio, que no estrañará le pregunte cuál es su apellido.

—Me llamo Carlos de Rojas, contesté con voz débil, aunque un tanto repuesto de mi turbación primera.

—¿Acaso es V. hijo de aquel valiente militar que alcanzó tanta gloria en la guerra de la Independencia?

—Ignoro, le respondí, si mi padre adquirió alguna gloria; solo sé que sirvió con el grado de capitán en la última guerra contra los franceses.

—Pues yo sí lo sé, caballero, gritó el anciano abrazándome con efusión, sé que fué uno de los mejores soldados, y yo, y otros mil compañeros le debemos la vida.

Y así diciendo me abrazaba, y me oprimía la mano con tal vehemencia y tan exageradas demostraciones, que por algunos momentos fuimos el blanco de las miradas de todos.

Calmado al fin su arrebató volvió á preguntarme:

—¿Y tu padre dónde está? Hace ya tanto tiempo que no le veo... daría alguna cosa buena por poder darle un apretón. Mira, no te enfades porque te llame de tu, te conocí tan niño...

—Mi padre, me apresuré á interrumpirle, hace siete meses que ha muerto.

—¿Cómo! mi mejor amigo... mi hermano de armas... y el buen viejo se apresuré á enjugar una lágrima que rodaba lentamente por su mejilla.

Largo tiempo estuvimos en silencio. El hacía violentos esfuerzos para disimular su turbación. Tambien á mí, al recordar la muerte de un padre tan cariñoso, única persona que me amaba en el mundo, se me saltaron las lágrimas y sentí una ansiedad que me ahogaba.

—Vamos, dijo por último, ven, te presentaré á mi hija: está aquí abajo en la cámara de popa; verás qué hermosa es; tú serás para ella como un hermano, no es verdad?

Y tomando mi brazo me hizo bajar apresurado la escalera que conducía á la cámara. Desde que puse el pié en el primer escalon, divisé á la bella jóven sentada junto á una mesa, donde estaba colocado con cierto orden un servicio magnífico de café. Volvíse ella al sentir nuestros pasos, y viéndola á su padre conmigo, le dirigió una mirada interrogante. Conociendo que eran vanos mis esfuerzos para vencer mi timidez, intenté varias veces apartarme del viejo, presintiendo el ridículo y desairado papel que iba á hacer delante de su hija.

—¿No quieres estar con nosotros? me preguntó, viendo que intentaba evadirme.

—Temo incomodar á su hija de V.

—¿Qué disparate! Tiene el genio mas dulce que te puedes imaginar: algo aturrida, eso sí, pero por lo demás, te agrada su carácter franco y sencillo.

Y abandonando mi brazo para apoderarse de mi mano, me presentó delante de su hija con una gravedad enteramente cómica. Al mirarla tan cerca, me pareció infinitamente mas hermosa, y aspiraba mi alma con embriaguez el celestial perfume de su pureza.

—Cecilia, la dijo el anciano, tengo el gusto de presentarte al hijo de mi mejor amigo: el padre de este caballero me libró de la muerte, y nosotros, por mucho que nos esmeremos en su obsequio, jamás podremos satisfacerle deuda tan inmensa: Dijo el viejo estas palabras con una gravedad y una nobleza, que verdaderamente me admiraron.

—Celebro mucho, contestó ella con una voz pausada, pero tan dulce y armoniosa que hizo vibrar las cuerdas mas íntimas de mi alma; celebro mucho la ocasión que se me presenta de poder dar las gracias al hijo del hombre á quien soy deudor de la vida de mi padre. Ese título es suficiente para que esté V. seguro mientras viva de mi aprecio y mi gratitud.

Apenas pude balbucear algunas palabras dándole gracias. Los objetos se presentaban á mi vista bajo mil formas caprichosas, girando fantásticamente á mi alrededor, y los oídos me silbaban con violencia. Afortunadamente el padre de Cecilia tomó la palabra, dándome tiempo para reponerme.

—¿Qué diantre! es preciso que abandones ese aire de dueña dolorida, de lo contrario, nos harás creer que te encuentras mal entre nosotros.

—Oh, no señor, al contrario!...

—Bien, bien, déjate de cumplimientos. Si vieras, Cecilia, qué distraído estaba yo, gritándole, caballero, caballero; nada, no me oía. Bien es verdad que la muerte de un padre da mucho en que pensar.

—Vamos, añadió dominando su emoción, mejor es no acordarse de ello. Pobre Andres!

—Mire V., dijo Cecilia con una gracia y delicadeza imposibles de pintar, que al recordarle á este caballero la muerte de su padre, le está V. desgarrando el corazón.

—Al contrario, querida, muy al contrario. En los grandes dolores sucede como en los grandes placeres: pensando continuamente en ellos concluimos al fin por mirarlos frente á frente casi sin conmovernos. ¿Y tú, Carlos, en qué te ocupas? Habrás conseguido algun empleo, tendrás una ocupación decorosa, porque creo que con la herencia de tus padres no podrás vivir con comodidad.

—Soy bastante rico, le repliqué, para no depender de otro. Un tio me ha dejado su pequeño caudal, con el que vivo libremente, alegre y satisfecho.

—Hola, el picarillo! de modo que estás hecho un vago, un paseante de caminos. No me gusta eso mucho, hijo mio, porque, como dice el refrán, la ociosidad...

—Es que no estoy ocioso, como V. cree, le interrumpí prontamente, queriendo sincerarme delante de Cecilia. Me dedico con afán á la pintura, que es mi único recreo y mi sola alicion.

—Ya, eso es otra cosa. El hombre por rico que sea debe siempre saber de algo, para no ser en la sociedad un ente inútil. Te agradecería muchísimo que me licieras un obsequio, regalándome el retrato de mi hija. Pero para hacerlo, es preciso que estés algo adelantado en el arte de Murillo, porque mi Cecilia es muy hermosa, ¿no es cierto?

—Oh, sí, demasiado hermosa! murmuré con voz casi imperceptible.

—V. obliga á este caballero á mostrarse galante conmigo, dijo Cecilia sonriéndose.

—No, no, repuso su padre, lo que te decimos es cierto. Mirala, añadió dirigiéndose á mí, y verás como no me ciega el cariño paternal. Siendo niña la puse en un colegio, y pasé meses enteros sin verla. Y no lo estrañes, Carlos. Quise hacerla una muger de lucimiento, y me parece que lo he conseguido. Soporté con entereza el dolor de la separación, con tal de verla despues bella y graciosa, y con un talento cultivado. Por eso tú no la conocistes. Bien es verdad que no te acuerdas de mí, á pesar de que ya tenias once años cuando me separé de tu lado. ¿No has oído á tu padre hablar alguna vez del baron de Granja-Nueva?

—Mil veces, señor, le oí pronunciar ese nombre con respeto.

—Pues bien, hijo; yo soy el baron de Granja-Nueva, repitió el anciano tendiéndome una mano que apreté conmovido; yo te reconocí al instante, despues de tanto tiempo de ausencia.

El carácter del baron, unas veces alegre y tierno, otras brusco y severo, me agradaba sobremanera. Era uno de esos corazones francos y leales, que no disimulan jamás sus sentimientos, y que no hacen escrupulo en publicarlos y mantenerlos á la faz de todo el mundo.

—Verdaderamente que soy muy dichoso, prosiguió el baron: te miraré como á hijo, y así tendré dos huérfanos; porque mi Cecilia tampoco tiene madre, la perdió muy niña, y la infeliz solo me tiene á mí en el mundo.

—¿Y no es V. el mas cariñoso de los padres? ¿Cómo podré pagarle ese afán que siente sin cesar por satisfacer mis caprichos? No lo dude V., soy feliz, muy feliz.

Dijo así Cecilia para desvanecer la nube de amarga tristeza que hizo oscurecer por un momento la fisonomía del anciano.

Quedamos en silencio; el baron con la cabeza inclinada parecia sumido en tristes reflexiones: su hija le contemplaba con inquietud.

El vapor volvió á correr rápido, deslizándose tranquilo y majestuoso, despues de haberse detenido cortos instantes junto á Sanlúcar.

La voz de Cecilia se hizo oír clara y sonora.

—Vamos arriba si VV. gustan; pronto entraremos en el mar, y es fácil que aquí suframos mareos.

Subimos á la cubierta del buque, y pasamos á sentarnos en la parte de proa.

—V. ha visto ya el mar? me preguntó Cecilia.

—Era muy niño cuando me embarqué, y son sumamente confusos los recuerdos que conservo.

—Pues mire V. á su derecha, y vea el magnífico cuadro que se presenta.

Volví la vista, y efectivamente jamás he admirado perspectiva mas bella. Me olvidé de todo, hasta de Cecilia. El Océano se extendía inmenso y aterrador por todas partes, hasta perderse en los confines del horizonte. Allá á lo lejos parecia que se estrellaban sus azuladas ondas contra esas franjas de fuego con que el cielo se adorna. Hasta entonces no concebí una idea aproximada del poder y la grandeza del Ser Supremo. Recordé aquellos magníficos versos de Quintana, y pude apreciar la verdad y la valentía de la descripción:

«.....Ese ciego,
Ese hervir vividor, esas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamás. Tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes

Una vez y otra vez; al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos mas altos se estremecen.»

Y al divisar á lo lejos algunas frágiles embarcaciones, que con las velas desplegadas marchaban rápidas, ya elevándose sobre las alteradas olas, ya descendiendo hasta ocultarse totalmente en el torbellino de las aguas, recité entusiasmado aquellos dos versos, tan llenos de poética sencillez, que ellos solos encierran una descripción sublime:

«Y al aire dando el vaporoso lino
Los leves campos de cristal surcaron.»

—¿No solo es V. pintor, sino también poeta?

Estas palabras de Cecilia, al mismo tiempo que me arrancaron de mi distracción, me hirieron dolorosamente. Aunque en el acento con que las pronunció no advertí la mas ligera ironía, ni sorprendí en su semblante la menor expresión de burla, no obstante, el sentido de estas palabras, «no solo es V. pintor, sino también poeta,» me pareció incisivo y hasta sarcástico. Tú no puedes figurarte, querido amigo, el pesar que se experimenta al creerse uno puesto en ridículo por la mujer á quien ama. Así es que contesté con amargura, pero con una firmeza de la que no me hubiera creído capaz:

—Señora, jamás he tenido pretensiones de poeta. Me agrada la poesía, como me agrada todo lo que es sublime y bello. Infeliz del hombre que no pueda consolar su corazón y recrear su fantasía con las dulzuras inefables de esas artes divinas, que quizá sean el mayor bien que posee la humanidad. Vuelvo á repetirle: el que no comprende semejantes encantos, demuestra por sí mismo que el Criador le ha negado un alma inteligente y sensible.

Al acabar de decir estas palabras conocí la falta que había cometido. Mis últimas frases, aunque dichas sin intención alguna, podía interpretárlas Cecilia de otra manera, resintiéndose al darse por aludida. En efecto, yo había dicho que era digno de lástima el que no comprendía las dulzuras de la poesía, y ella me pareció haber demostrado suficientemente que no era muy aficionada, con el solo hecho de haberme interrumpido antes de un modo para mí tan poco agradable.

—Perdone V., me apresuré á añadir, queriendo atenuar la impresión que la produjeran mis últimas palabras; de seguro se incomodaría V. al oírme recitar aquellos versos en un lugar tan poco á propósito.

—Bien se conoce, caballero, dijo Cecilia con ligera sonrisa, que es V. artista. Oh! ha defendido V. su noble profesión con tal ardimiento, que quisiera poder concederle un premio mas digno que el de mi admiración y mi aplauso; sin embargo, prosiguió después de una ligera pausa, si V. me lo permite, me atrevería á reprenderle dos cosas, en las cuales, V. mismo conocerá con el buen juicio que le distingue, que ha obrado con demasiada precipitación.

—Dos cosas! exclamé admirado.

—La primera es, continuó ella, la inútil defensa que ha hecho V. de las bellas artes, y en particular de la poesía. Y advierta V. que la llamo inútil, porque yo en nada las he ofendido, para que así abrazara V. con tanto empeño su causa. Y es la segunda, la intolerancia... la poca piedad que muestra con sus enemigos...

Aquí se interrumpió la joven, y permaneció indecisa por algunos momentos. Luego continuó con un ademán de gracia incomparable.

—Oigame V. Si me hubiera V. creído amiga de la poesía, no la hubiera V. defendido con tanto calor, ¿no es cierto? Pues bien; permítame V. le diga que ha mostrado conmigo poca generosidad. Supuso V. que los que son desafectos á la poesía carecen de un alma *inteligente y sensible*, é incluyéndome V. en la clase de los *desafectos*, y no sé por qué, debo tener forzosamente un alma sin las dos primeras facultades... debo tener un alma... activa, y nada mas.

Calló Cecilia, y yo aterrado no sabía qué contestar. Acababa de darme una lección con tanta gracia y talento, que ni aun traté de disimular mi vergüenza y mi humillación. Sin duda ella se apiadó de mí, porque en seguida dijo mudando de conversación:

—Si no tiene V. casa buscada con anticipación en donde vivir, puede V. estar en la misma fonda que nosotros. Hace dos veranos que venimos á Cádiz, y siempre hemos parado en la fonda de Europa. Si mi opinión es para V. de algun valor, añado riéndose, le aconsejaría que fuera á ella, pues quedaría gustoso del esmerado servicio y buen trato con que obsequian á los viajeros.

Aunque esta proposición no me fuera desagradable, rehusé aceptarla, por parecerme que vivir bajo el mismo techo que Cecilia, pudiendo contemplar á cada momento sus gracias y encantos, era añadir nuevos incentivos á una pasión irritante y volcánica.

El baron, que durante nuestra conversacion se habia retirado algunos pasos, volvió adonde estábamos, preguntando con semblante alegre:

—¿De qué se trata, señores?

—Estaba alabando á este caballero, contestó Cecilia sonriéndose, las excelentes cualidades de la fonda de Europa.

—Con efecto, dijo el anciano, es una de las mejores de Cádiz. ¿Por qué no te vienes á ella con nosotros?

—Perdone V., respondí, tengo mi palabra empeñada, y no puedo faltar á lo que he prometido. Un amigo me ha brindado con su casa, y tengo que aceptar forzosamente la hospitalidad con que me obsequia.

Al decir esto mentía descaradamente. Yo no tenía en Cádiz relaciones de ninguna especie, como tú mismo, querido amigo, pudiste observarlo en el corto tiempo que nos tratamos.

—Pero á lo menos, prosiguió el baron, nos visitarás con frecuencia. Ya sabes donde paramos: cuidado no hagas que un pobre viejo como yo tenga que salir á buscarte. Y á propósito, ¿dónde vive tu amigo?

Por algunos instantes permanecí turbado, sin saber qué contestar. No teniendo noticia alguna de las calles de la ciudad, no sabiendo tampoco la fonda que escogería, creí que iban á descubrir la mentira que habia inventado. De pronto me ocurrió una idea:

—Creo, señor, contesté procurando revestirme de la mayor sangre fria, que bien puedo impedir que V. se incomode en visitarme, negándole las señas de la casa. Por lo demás, pienso privarme el menos tiempo posible del placer de ver á V.

—Gracias, querido Carlos. Creo encontrar en tí el alma noble y generosa de tu padre. No pienses que te adulo: nosotros los antiguos militares decimos siempre la verdad, con la ruda franqueza que nos distingue.

—Vean VV., señores, gritó Cecilia de repente, ya llegamos al término de nuestro viaje.

En efecto, en medio del Océano, y como nacida de la espuma de las aguas, como aquella diosa de la antigüedad, apareció blanca y graciosa una ciudad rica de encantos: era Cádiz. Se destacaba tan hermosa del seno de los mares, y era tanta su blancura, que parecia un nevado cisne aéreo, columpiándose ufano sobre las agitadas olas.

Todos los viajeros estaban de pié, ansiando por desembarcar. El vapor caminaba con rapidez, dejando tras de sí un rastro inmenso de alborotada espuma. Las aguas abrian paso con dificultad, apartándose bramando y descubriendo insondables precipicios. Al chocar la proa contra el torbellino de las olas, saltaban las aguas en mil chispas vistosas, produciendo líquidas y luminosas perlas, de una transparencia magnífica.

Al fin nos detuvimos. Inmediatamente nos rodearon multitud de barquichuelas, deseosas de obtener la preferencia para conducir los viajeros y los equipajes desde el punto en que paramos hasta la ciudad, que se veia muy próxima. Sobre la cubierta del buque reinaba la mayor confusión. Todos querian salir de los primeros. Los gritos de los remeros, que nos acosaban importunos ofreciéndonos sus servicios; las voces de los que reclamaban impacientes sus equipajes; las tiernas exclamaciones de los amigos, que se estrechaban con efusion, todo contribuía á presentar un cuadro lleno de vida y movimiento, capaz de distraer la imaginación mas sombría.

Acerqueme al baron y á su hija, que estaban hablando con varias personas que habian salido á recibirlos, y me escusé del mejor modo posible, diciéndoles que no podía acompañarles, pues mi amigo me estaba esperando con una barquilla. El baron me dió la mano, y tanto él como Cecilia me hicieron volver á prometer que iria á visitarlos con frecuencia á la fonda de Europa.

—Descuiden VV., respondí, saludando por última vez; mañana mismo si puedo tendré el gusto de verlos.

Y salté ligero en un botecillo, que me condujo al muelle rápido como una exhalación.

—Lléveme V., le dije al hombre que tomó mi equipaje después de haberle registrado en el muelle, lléveme V. á cualquier fonda, siempre que no sea á la de Europa.

II.

Con riesgo de pasar por enojoso he querido contarte las mas frívolas conversaciones, los mas ligeros incidentes, porque he creído, tierno amigo, que solo así podrás formarte una idea aproximada del carácter de Cecilia. Como habrás podido observar, era una mujer de un talento distinguido, de una percepción fina y delicada, y uniendo á unos modales elegantes una amabilidad poco comun, era su conversacion en extremo agradable y deleitosa. Sin embargo, hasta mas adelante, cuando veas completamente desarrollado su carácter escéntrico y veleidoso, no podrás conocerla, y entonces te sorprenderás, como á mí me sucedió, de haberla juzgado con tan poco acierto.

Para que concibas lo ardiente de la pasión que me habia inspirado, es necesario que te haga algunas ligeras observaciones acerca de mi vida anterior.

Yo habia vivido con mi padre en el aislamiento mas completo. No teniendo roce alguno con el mundo, dedicaba mi existencia al cuidado de un padre, postrado ya por la edad y las enfermedades, que me amaba con ternura, y que no permitia me apartase un solo momento de su lado. La pintura y la poesía eran mi solo recreo. Recuerdo aquellas noches en que después de haber estado acechando con afán el sueño del anciano, escuchaba al fin su lenta y sosegada respiración: entonces me adelantaba de puntillas, corría con presteza las cortinas del lecho, y salía de la habitación pálido de felicidad y agitado de mil dulces emociones; por poder entregarme ya con sosiego á mi pasión favorita, la poesía y la pintura. ¡Goces puros é inefables, capaces de embellecer una existencia reducida aun á mas estrechos límites que la mía!

Murió mi padre, y... me avergüenza decirlo; aunque me encontré siendo un hombre de veinte y cuatro años, era mi alma tan sencilla y candorosa como la de un niño. Exaltada mi mente con la lectura de los grandes poetas, habia concebido un mundo encantador, lleno de romancescas pasiones, de mutuas confianzas, y de mugeres misteriosas radiantes de juventud y de hermosura.

Lancéme anhelante en el torbellino del mundo, y bien pronto toqué mil desengaños. Las conversaciones de algunos jóvenes que empezaron á reunirse conmigo, llamándose *amigos*, me repugaban en sumo grado. El mismo con que hablaban de los mas nobles afectos, la odiosa franqueza con que confesaban las horribles perversidades que concebían, me llenaron de estupor. Para ellos el honor era un juguete y la virtud una quimera. Y, cosa estraña, yo aparentaba conformarme con sus ideas, ser en un todo de su opinion, y hubiera muerto de vergüenza si hubiesen conocido que mi alma era pura y sensible. ¡Triste condición la del hombre, tener que fingir un alma de cieno para evitar el ridículo que le abrumaría si confesase no haber llegado en madurez á la altura que marca el siglo!

Lo que mas me sorprendia y lastimaba era la facilidad y el descaro con que enamoraban á una muger que no habian visto jamás. Esto me irritaba estraordinariamente. Yo que miraba á la muger con la mas tierna adoración; yo, que sentia un placer en tributarla el culto mas sacrosanto, no concebía otros amores que aquellos que con tanta verdad retrata la poesía: amores sublimes y violentos, que haciéndonos sentir mil dulces sensaciones, nos presentan á la muger como un ser divino, formado para labrar en el mundo nuestra felicidad

suprema. Mas ay! pensaba entre mí; estoy seguro de que si me acercara á una muger y la pintase el amor de esta manera, se reiría de mí, y quizá me dijese que eso era bueno para las novelas. De ahí nace ese temor invencible que me domina, y que me hace ruborizar cuando me veo obligado á dirigir la palabra á cualquier muger. Y sin embargo, como encontrara una que me comprendiese, oh! seria feliz, muy feliz! Un corazón como el mio, que no teniendo persona alguna que le interese, se siente oprimido por no poder repartir los tesoros de ternura que encierra, descansaría al fin gozoso, pudiendo saciar en una joven bella la sed de amor que le ahoga.

Ahora comprenderás muy bien la pasión que me inspiró Cecilia. Este era mi primer amor; ¿y sabes tú lo que es un primer amor? Es la realización de los ensueños é ilusiones, de las esperanzas y deseos que nos han acariciado blandamente, adormeciéndonos en un éxtasis venturoso, que presenta embriagador los goces y delicias mas ideales, segun los ha imaginado la mente mas exaltada.

Aunque la fonda donde me condujeron no era de las mejores de Cádiz, me agradaba con todo, por hallarse situada en uno de los sitios mas pintorescos de la ciudad. Los balcones de mi habitación daban al paseo de la muralla, y desde ellos podia recrearse la vista con la magnífica perspectiva del mar. Tú lo sabes, amigo querido, tú que tenias una habitación cercana á la mía; casualidad que he bendecido mil veces, pues me proporcionó el placer de conocerle y amarte.

Así que llegué, no puedes figurarte el afán con que cerré las puertas de mi cuarto, despidiendo bruscamente á los criados que me servían, deseando quedar solo para entregarme con libertad á mis pensamientos y darme cuenta de mi mismo. La imagen de Cecilia no se apartaba un momento de mi alma. Mi imaginación se complacia en revestirla con las formas mas sublimes, y ya me la presentaba tierna y cariñosa oyendo con halagüeña sonrisa las protestas de mi amor, y ya aitanera y esquiva, rechazándome con su mirada, pero de una manera tan noble y tan digna, que sentia aumentarse el fuego de mi pasión, por encontrarla así mas bella y mas divina. Un peso terrible oprimia mi cabeza, y tuve que recostarme sobre el lecho para no caer. Sentia en la garganta una sequedad que me ahogaba, y era lava ardiente y devoradora lo que circulaba por mis venas. Oh! decia con voz sorda, tendiendo las manos delirante hácia donde creia ver la imagen de Cecilia; si tú pudieras leer en mi corazón, estoy seguro de que corresponderías á mi amor, aunque fuese solo por agradecer de esa manera la pasión violentísima que me has inspirado. ¡Criatura encantadora! Eres mas hermosa aun que el bello ideal que yo me habia formado de la muger que debia adorar. Por tocar ligeramente con mis labios esa mano blanca y perfumada, sufrí ya gustoso la muerte mas horrorosa, aunque me presentasen después de ella una eternidad de tormentos. Amame, amame por piedad, y tambien tú serás dichosa. Para ser digno de tí, sabré elevarme de entre los demás hombres, sabré hacer que todos te respeten y te admiren, y en pago de tu amor, te rodearé de los cuidados mas tiernos, seré tu primer esclavo... tú me darás inspiración y genio, y tu nombre subirá unido al mio al templo de la inmortalidad... Mas si me miras con desden, si me rechazas inclemente... ay! solo de imaginarlo el corazón se e-tremece y el pensamiento desvaria aterrado... Moriría, sí, pero moriría rabiando... los tormentos de los condenados serian nada en comparación de los míos...

Levantéme rápido por un poderoso esfuerzo de voluntad, y asiéndome de las paredes, pude llegar hasta el balcón, consiguiendo abrirle no sin trabajo. Respiré con avidez aquel aire libre y puro, y me encontré mas sosegado. La noche estaba bastante avanzada: no se oia otro ruido que el producido por las ondas del mar, al estrellarse sorda y pausadamente contra las murallas. Allá á lo lejos brillaban en la oscuridad las luces de algunos barcos, confundiendo con las pálidas estrellas que tachonaban el firmamento. Esta calma de la naturaleza hizo volver la serenidad á mi espíritu. La razón volvió á recobrar su dominio, y no temí ya se reprodujera el delirio que me habia dominado.

A la mañana siguiente vestíme con esmero, aguardando con una impaciencia, no exenta de cierto temor, la hora conveniente de visitar al baron y á su hija. Quería, si hallaba oportunidad, declarar mi amor á Cecilia, y pensaba el modo de hacerlo con mas delicadeza, procurando en todo lo posible vencer mi timidez. Suponia las preguntas que por diferentes conceptos debiera hacerme, calculaba hasta las mas sencillas expresiones que podia dirigirme, y estudiaba mis respuestas con tanto escrúpulo y tan pueril empeño, que parecia un niño disponiéndose para un examen. Ay! á pesar de todo, estaba bien convencido de que no sabia que decir, cuando me encontrase en su presencia.

Salí á la calle, y me hubiera vuelto muchas veces atrás, á no haber ido acompañado de un criado que se me habia ofrecido para guiarme á la fonda de Europa. Llegué á ella, y al instante me señalaron las habitaciones que ocupaba el baron de Granja-Nueva. Me es imposible explicarte la agitación y los diversos afectos que se apoderaron de mi espíritu en el corto espacio de tiempo que estuve solo, esperando que me abrieran. Salí al cabo, alegre y ligera, una muchacha de pocos años, que habia venido en el vapor acompañando á sus señores.

—El señor baron no está en casa, me dijo sonriendo, quizá para probarme que me habia conocido.

—No está en casa? repetí yo maquinalmente y como dudando de sus palabras.

—No señor: salió esta mañana muy temprano y aun no ha vuelto. La señorita Cecilia está en el tocador, y no sé si podrá recibir á V.; y sin esperar mi contestación echó á correr hácia las habitaciones interiores. Poco tardó en volver aparecer ligera como un pájaro.

—Entre V., me dijo, y sírvase esperar algunos momentos.

E introduciéndome en una pequeña habitación, que por la elegancia con que estaba amueblada supuse que serviría de sala, me dejó solo, añadiendo al retirarse:

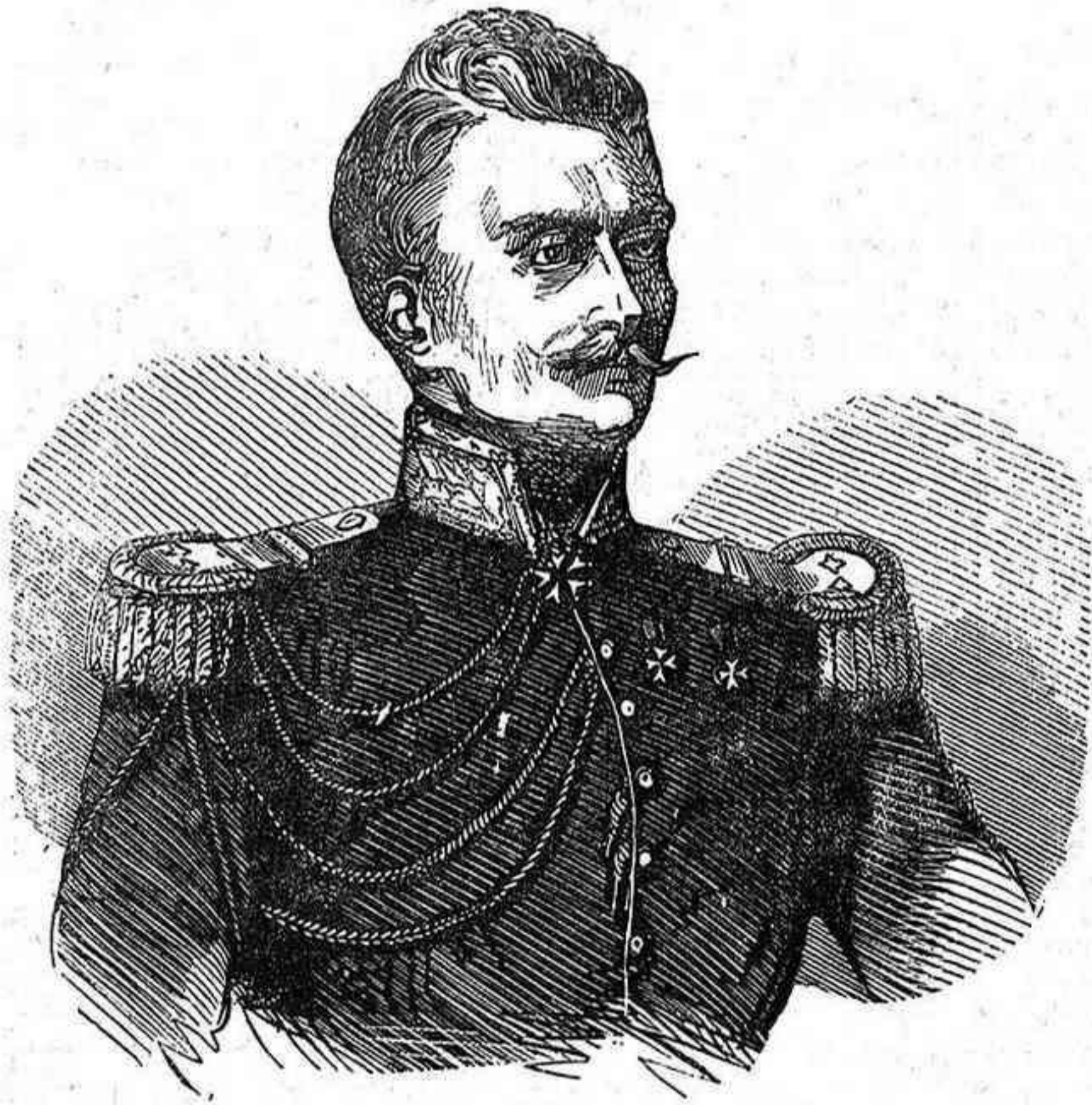
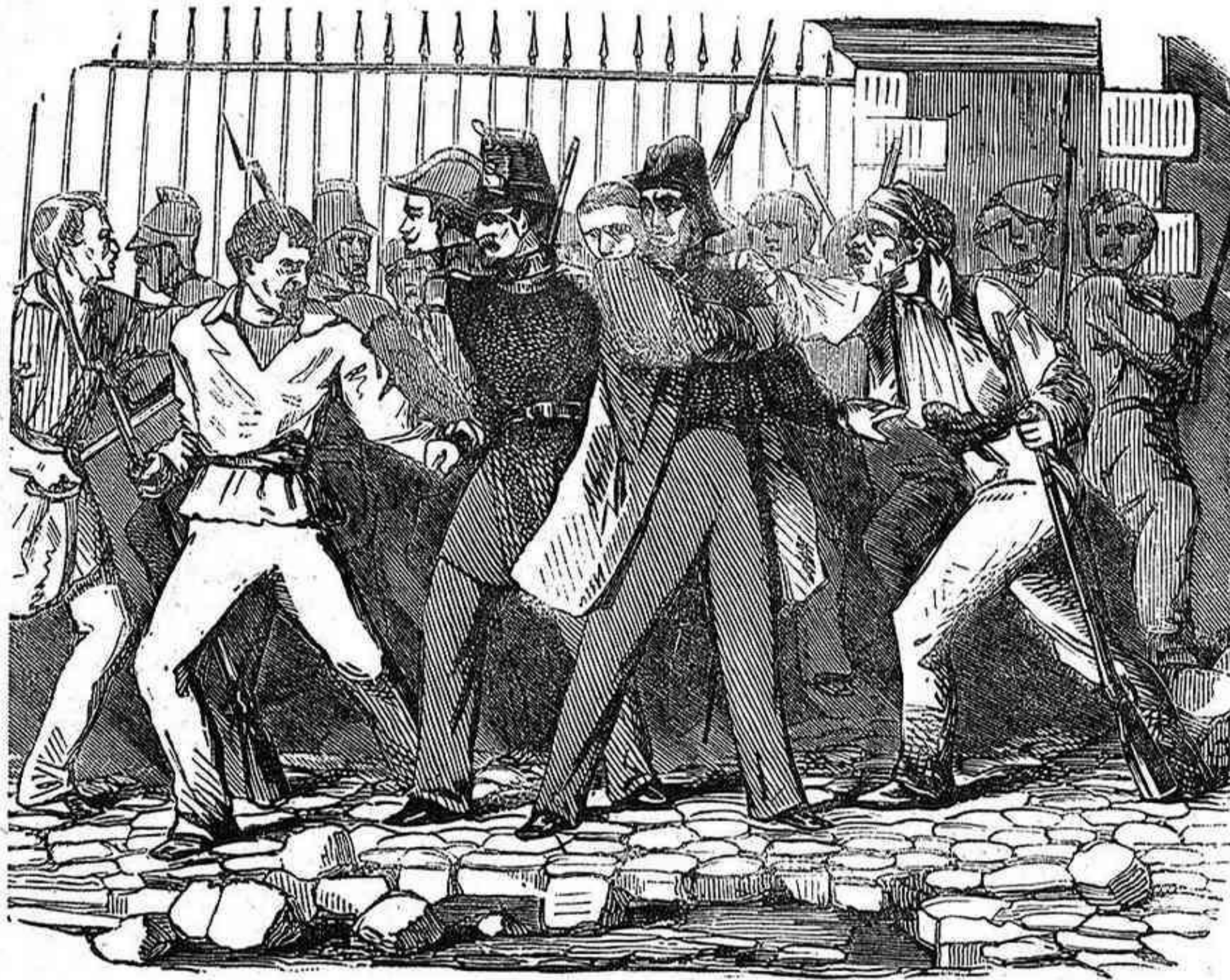
—Pronto saldrá ya la señorita; si V. se aburre, sobre ese velador hay libros.

(Se continuará.)

medios sutiles para demostrar su inocencia. Si deben ser respetadas las convicciones políticas, el asesinato es siempre un crimen que la sociedad tiene la obligacion de vengar.

II.

Aun se recuerda el sentimiento de dolor y de indignacion con que se recibió en París la noticia de la horrible catástrofe ocurrida en la barrera de Fontainebleau. Ya, para aquel día (que era domingo) se habia sofocado la insurreccion en la orilla izquierda, y se habia rechazado con la toma del Panteon hasta la barrera de Fontainebleau, que era uno de los cuarteles generales de la asonada, y estaba reforzado por los insurgentes vencidos y arrojados del Panteon, de Saint-Severin, de la calle de Mouffetard y la plaza de Maubert. La irritacion habia llegado á su colmo, y era muy importante volver á tomar aquella posicion.



De Brea.

Asesinato del general Brea y del capitan Mangin.

A pesar del alto grado de civilizacion, del valor y de la humanidad que distinguen al pueblo francés, y por lo cual se le considera justamente uno de los mas adelantados entre las naciones modernas, fuerza es reconocer que al lado de acciones sublimes de benevolencia y desinterés, presenta algunas veces su historia algunos rasgos de tan odiosa atrocidad, que bien pudiera creerse obra de un populacho envuelto aun en las densas tinieblas de la mas crasa barbarie.

Generalmente las conmociones políticas han sido el origen de esas atrocidades que manchan con feos borrones los faustos nacionales de la Francia; y sin necesidad de remontarnos á los tiempos de la monarquía, en que vino á ser el asesinato casi el único medio de gobierno, basta solo volver la vista sesenta años atrás para ver los deplorables sucesos y crímenes á que dieron márgen los odios y las venganzas políticas. No parece sino que cada partido ha tenido por objeto vengar alguno de aquellos vergonzosos sucesos: á la toma de la Bastilla por el pueblo, siguen los desbordamientos que deshonran la causa popular; en seguida se presenta una asamblea que interrumpe sus dignos trabajos para mandar á Luis XVI á la guillotina; á continuacion ocurre el asesinato jurídico del duque de Enghien, que arroja una especie de sombrío reflejo sobre el genio brillante del gran emperador; despues viene el asesinato de Brunne, que señala la vuelta de los realistas; luego una guardia nacional que proclama la paz á cualquier precio, y mata á quema ropa á un hombre que se daba prisionero; por último, vemos hombres que se llaman republicanos, que alzan á gran voz el grito de la fraternidad, y asesinan cordadamente á un general que se presenta á ellos con palabras de concordia y de perdon.

No será la nacion, ni siquiera un partido político á quienes pueda exigirse la responsabilidad por el crimen de unos miserables; pero al mismo tiempo no busquen estos partidos

tan difícil encargo fué cometido al general de brigada, y de la Santé, cuando se presentó, en la mañana del domingo 25 de junio, en la barrera de Fontainebleau, acompañado de Mr. Mangin, capitan de estado mayor, y de los comandantes Desmaréts y Gobert.

Por donde quiera que habia pasado habia empleado los medios de conciliacion, tendiendo á todos una mano amiga, y viendo con satisfaccion que habia pasado una mano amiga, y viendo con satisfaccion que su lenguaje era comprendido por todas partes. Iba anunciando el decreto de la Asamblea nacional, que habia votado un crédito de tres millones para los trabajadores destituidos de recursos, y aquella noticia habia sido acogida con vivos trasportes de entusiasmo.

La mision del general iba pues cumpliéndose sin derramamiento de sangre, y él pensaba volver á París despues de haber hecho el último esfuerzo en la barrera de Fontainebleau. Este punto estaba fortificado de una manera formidable. Sabido es que enfrente de aquella barrera desembocan el camino de Yur y el de Fontainebleau, y á la cabeza de estos caminos se habian levantado barricadas. Enlazadas con estas se habian levantado otras á derecha é izquierda, y contra la reja de la barrera se habia construido una verdadera muralla de piedras, de manera que en medio de estos parapetos, elevados hasta el primer piso de las casas, se hallaban los insurgentes como en el centro de una fortaleza, y ocupaban una posicion atrincherada casi impugnable, y de todos modos muy difícil de desalojar.

Allí habia sobre trescientos insurgentes mejor ó peor armados, unos dispuestos á rendirse, ya vencidos por el desaliento, el cansancio y la fatiga; resueltos otros por el contrario á defenderse hasta lo último, y clamando por volver á empezar la lucha.

A esta gente era á quien se dirigia el general Brea, y trataba de reducir á la conciliacion y á la paz; su voz tuvo eco en los primeros insurgentes de que acabamos de hablar, los cuales acogieron con prolongadas aclamaciones, como los de las barreras anteriores, el decreto de la Asamblea nacional.

Engañado el general con estas apariencias, é invitado ade-



Brea, el cual, á la cabeza de un considerable número de tropas, habia logrado desalojar sucesivamente á los revoltosos de todas las posiciones que habian ocupado en esta estremidad de la orilla izquierda, y los habia lanzado fuera de la muralla del recinto.

Habia visitado ya las barreras d' Enfer, de Saint Jacques

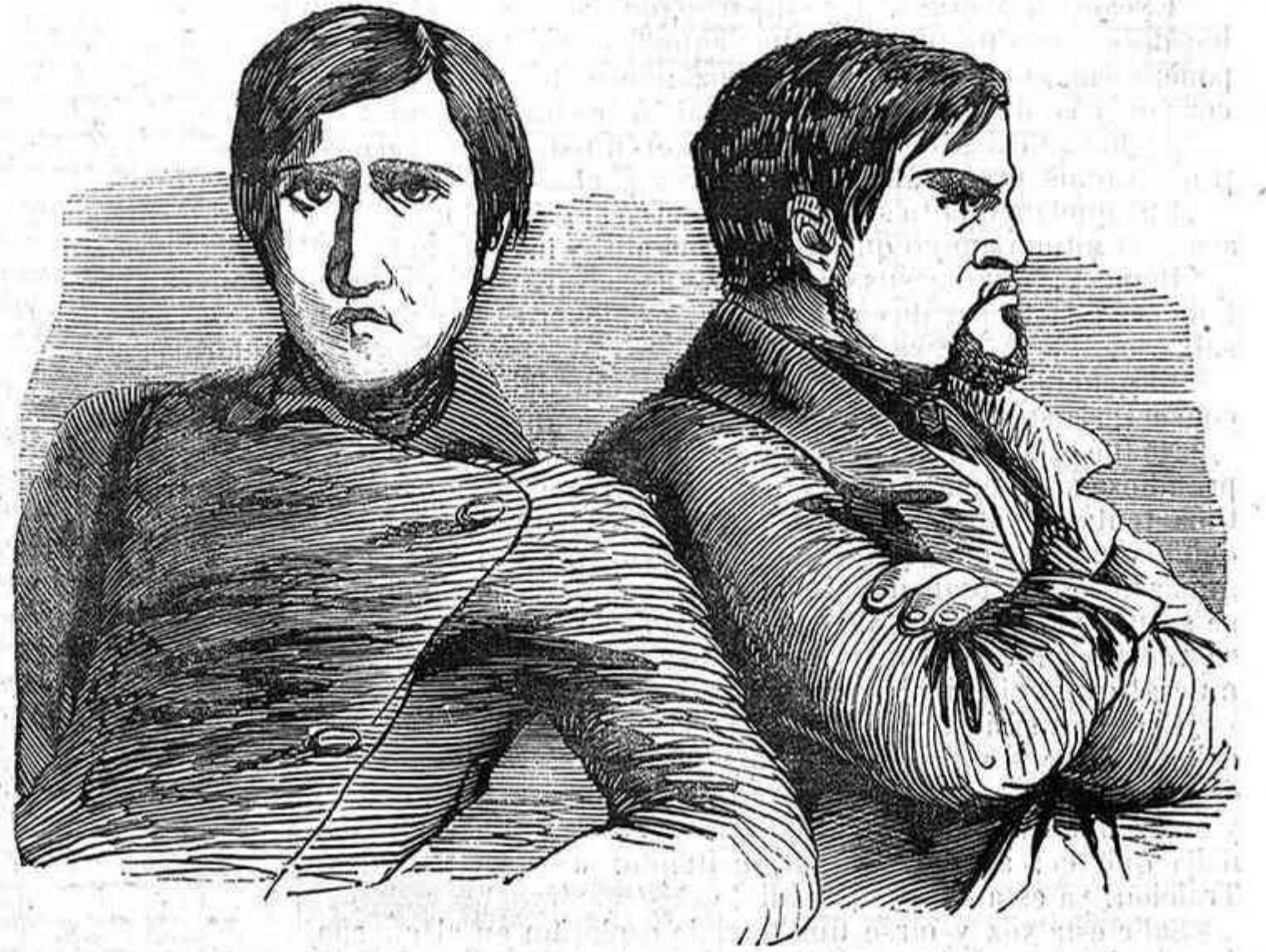
Engañado el general con estas apariencias, é invitado ade-





Daix.

sobre la tapia, cuando apareció en el jardín parte de la desbocada turba, que había echado al suelo las puertas del edificio é inundaba toda la casa y el establecimiento de Mr. Dordelin. En aquel momento uno de los insurgentes, llamado Paris, que había acompañado al general desde el resguardo hasta el Gran Salon, le cogió por el faldon del gaban y por una pierna, y le hizo bajar otra vez. Mas adelante veremos con qué intencion se hizo esto; pero lo cierto es que el general cayó en manos de los insurgentes que ocupaban el jardín, los cuales le condujeron inmediatamente á un cuarto del segundo piso de la casa, lo sentaron delante de una mesa, y le exigieron que escribiese una especie de informe sobre la situacion, el cual debía ser leído á los insurgentes con objeto de calmarlos y alejarles el pensamiento de atentar á la vida del general y de sus compañeros.



Nourrit.

Gauthron.

más á salir de París para parlamentar con los cabecillas que ocupaban posiciones formidables, se decidió á pasar la barrera, seguido por Mr. Mangin, capitán de estado mayor, y de los comandantes Mr. Gobert y Mr. Desmaretz, perteneciente el primero á la guardia nacional, y al cuerpo de línea el segundo. Las tropas que habían ido con el general se quedaron dentro de la barrera, y solo los cuatro valientes militares que acabamos de nombrar penetraron hasta el recinto de los insurgentes.

En efecto, M. de Brea escribió las líneas siguientes: «Nosotros los que abajo firmamos, el general Brea y el representante de Ludre, declaramos haber venido á las barreras para anunciar al buen pueblo de París y de los arrabales, que la Asamblea nacional ha decretado conceder tres millones en favor de las clases menesterosas; y que ha exclamado: Viva la República democrática y social!»

El general no pudo escribir mas. La multitud, que llegó á persuadirse de que se pretendía salvar al general, no quiso permitir que le evitasen la consumacion de aquel crimen, y se precipitó al cuarto donde pasaba la referida escena, gritando con mayor desesperacion que antes, y como si no se les hubiese desengañado: «¡Muera Cavaignac! ¡muera el general! ¡vamos á fusilarlo!» Entre tanto, el comandante Gobert, que se había separado del general, trató de volver á su lado; pero no bien se presentó en el patio de la casa, cuando le rodearon por todas partes, le descargaron un ladrillo que se hizo polvo á sus piés, le quitaron la espada, le arrancaron las charreteras, y hasta pudo allí mismo ser ahogado por un insurgente que le echó mano á la garganta. El no pedía mas sino que le condujesen al lado del general, cuya vida contemplaba cada vez mas amenazada, y que en aquellos momentos escribía las siguientes líneas para que se leyesen á la multitud que rodeaba la casa: «Estoy rodeado en la barrera de Fontainebleau, por valientes re-

publicanos socialistas y democráticos.» También fué imposible continuar: por todas partes le aturdián los gritos de que espidiese orden de retirada á las tropas que lo habían acompañado hasta la barrera. El general se resistía, pareciéndole vergonzoso dar una orden que tenía visos de debilidad.

den en que se hallaba, pues había hasta palabras incompletas. Cada minuto que pasaba se hacia mas grave la situacion del general, y parecia que el siguiente iba á ser el último de su vida. Sus amigos y las personas interesadas por él, creyeron que una nueva traslacion podría conjurar aquella horrosa tempestad, y así se resolvieron á llevarle al cuerpo de guardia, situado en el camino de Fontainebleau, á gran distancia de la Carrera, á donde en efecto llegó salvo, acompañado del comandante Gobert. Allí encontraron al comandante

Sin embargo, el peligro era inminente, tanto para él como para sus compañeros de cautiverio, por lo cual se decidió al fin á dar la disposicion que se le pedía; pero en el modo de escribirla se nota el grado de agitacion y desór-



Moussel.

Nunes.

Aun no habían pasado la barrera, cuando les echaron mano, llenándolos de insultos, y los arrastraron al medio de un cuerpo de frenéticos, que con las manos llenas de sangre y profiriendo toda clase de imprecaciones, amenazaban al general y á sus compañeros, gritando: ¡Muera Cavaignac, muera el general, muera el verdugo del panteon, el verdugo de nuestros hermanos!

Equivocando como se ve al general Brea con el general Cavaignac, se disponían los insurgentes ya á fusilarlo, cuando una voz gritó: No es Cavaignac; yo lo conozco bien. Cavaignac lleva siempre coraza; registrad á ese á ver si la tiene.

Después de reconocido el error, trataron algunos de salvar al general, procurando por todos los medios posibles calmar la irritacion furiosa de la multitud; para este fin le hicieron entrar con sus edecanes en la casilla del resguardo; pero como aquella defensa era demasiado débil contra el creciente furor del pueblo, fué necesario buscar otro medio de salvacion.

Los hombres benéficos que deseaban salvar al general, creyeron prudente alejarlo del centro principal de insurreccion, y se propusieron llevarlo con sus amigos á casa del maire, M. Dordelin, que tenía en la barrera un establecimiento titulado el Gran Salon.

En cuanto entraron en la casa cerraron las puertas, llevaron á los fugitivos al jardín y les instaron para que escalaran la tapia, porque los gritos y la desesperacion que se oían en el esterior hacían temer graves peligros. El general se resistía á complacer á sus amigos, porque estaba resuelto á cumplir hasta el fin la mision conciliadora que había emprendido, y la sola idea de huir ante un peligro, repugnaba á su corazon lleno de valor y de energia. Sin embargo, á las reiteradas instancias de aquellos hombres verdaderamente interesados en su conservacion, se decidió á salvar las tapias, y sustraerse á la amenazante muchedumbre que hacia temblar todos los ángulos de la casa del Gran Salon; pero apenas había doblado una pierna



Luc.

Lahr.

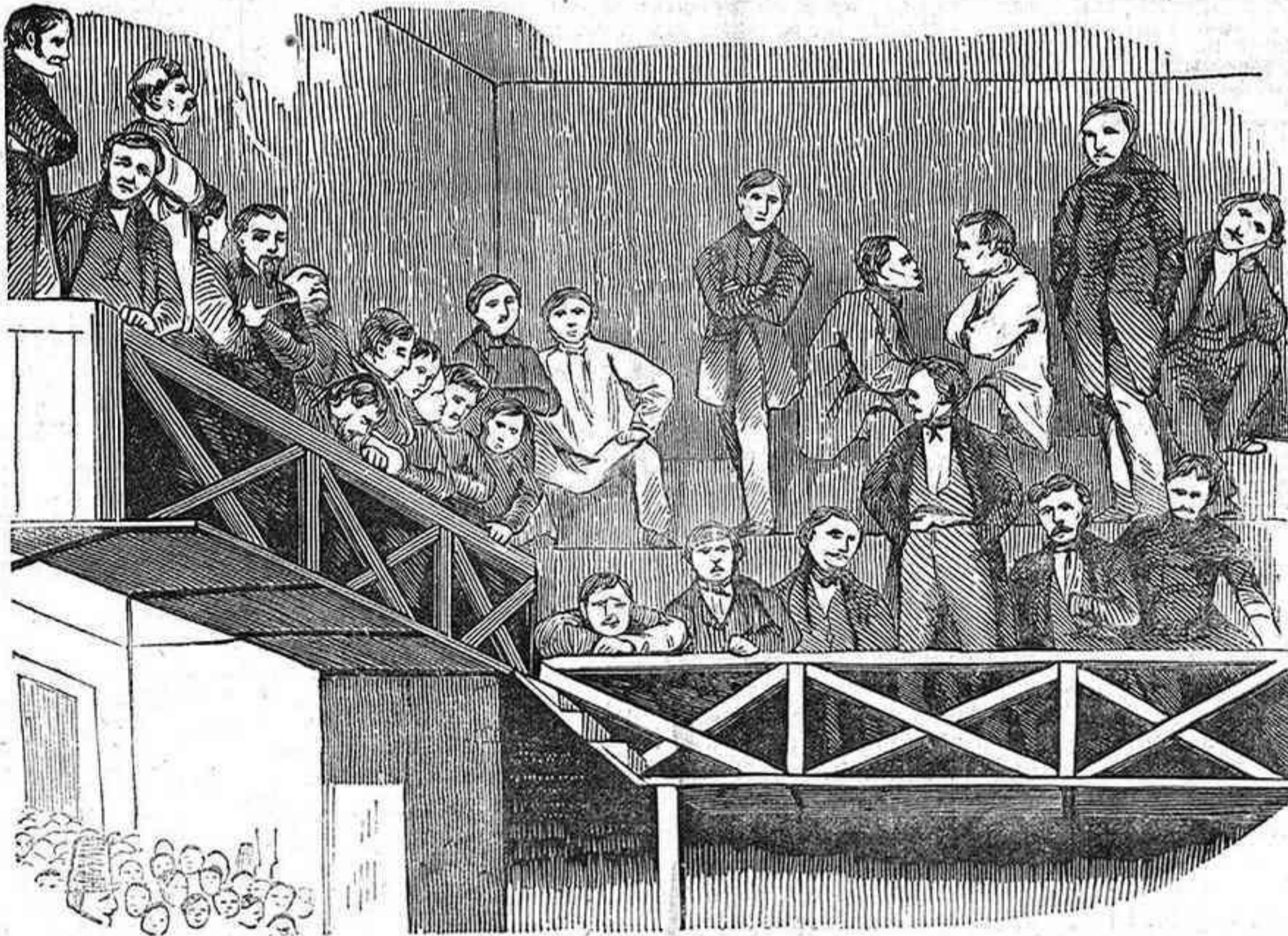
Paris.

Desmaretz, que también había tenido que luchar contra el furor de los insurgentes, los cuales le habían quitado la espada, las charreteras y su uniforme, que un muchacho paseaba en la punta de un palo á guisa de bandera.

En este sitio es donde se consumaron los dos asesinatos, cuyos autores veremos luego ante la justicia. La instruccion del proceso tuvo muy grandes dificultades que vencer, para aclarar las circunstancias de las escenas horrosas que ensangrentaron el cuerpo de guardia; dificultades que hubieran sido mucho mayores, y acaso insuperables, si no hubiera sido por el testimonio del comandante Desmaretz del 24 de ligeros, á quien se acercó misteriosamente un desconocido, y le dijo: «No se fe usted de la reja;» con lo cual él se echó sobre el entarimado que sirve de cama en el cuerpo de guardia, y se quitó de la vista de la multitud. El comandante Gober se metió debajo de la misma cama, y ambos oficiales fueron pronto olvidados por los que parecían querer únicamente saciarse en el general. En medio de aquel conflicto, los honrados ciudadanos que se habían propuesto salvar al general, y que habían encontrado en el cuerpo de guardia gente animada de los mismos sentimientos, hicieron el último esfuerzo por sustraer el desdichado preso á la venganza de aquella gente desalmada; á este fin quisieron abrir un agujero en la pared de la sala, y ya lo habían conseguido, en parte, cuando un chiquillo de cuatro años fué á denunciar aquella generosa tentativa.

El peligro, que hasta entonces solo había amenazado al general, empezó á amagar á los valientes ciudadanos que se habían empeñado en salvarle, y así tuvieron que abandonarlo á la suerte inevitable que le esperaba, y se libraron de la colera de los agresores que cada vez estaban mas furiosos.

El general y el capitán Mangin seguían sentados delante de la mesa, y Mr. de Brea estaba esperando la determinacion de aquella gente; á su rededor no veía mas que semblantes amenazadores; hasta la más mínima



señal de simpatía había desaparecido, viendo lo cual no pudo menos de exclamar: «¿Dónde están los buenos amigos que me acompañaban hace un momento?»

El capitán Mangin, por su parte, que entreveía el horrible desenlace que pudiera tener aquella escena, se decidió á poner término á su martirio, y cruzándose de brazos, se incorporó y se dirigió á los que ocupaban la sala, diciendo:

«¿Que se exige de nosotros? ¿quieren ustedes fusilarnos? ¡Pues vamos pronto; he aquí nuestros pechos!»

En aquel momento supremo se acercó al general un joven, acaso el último amigo que le quedaba allí, y le dijo al oído:

Déme V. una de sus insignias y lo salvaré; iré inmediatamente á la tropa, diré que está V. prisionero, y vendrán á salvarle.

El general le dió la charretera que le quedaba, y dijo que conservaría su cruz y su espada, que era lo que se le pedía.

No fué esta escena tan disimulada que la multitud no comprendiese al momento el objeto que tenía, y acaso aquella última tentativa apresuró el instante fatal en que el general debía sucumbir á los golpes de los asesinos, que hacia ya algunas horas no cesaban de insultarle y amenazarle. En cuanto se sospechó que iban á llegar algunos socorros al prisionero, se redoblaron con la mayor violencia los gritos de: ¡Muera! ¡muera! es preciso acabar!...

Esta voz siniestra cundió entre la gente que estaba fuera del edificio, y sembró el espanto y el horror. Unos emprendieron la fuga; las mugeres corrían gritando á mas no poder, y entre aquella confusión salió una voz para animar á la canalla que cercaba al general, gritando: «Somos perdidos! Traición! ya esta aquí la guardia!»

Salir esta voz y oírse una terrible explosión en el cuerpo de guardia, todo fué uno... cinco ó seis balas habían atravesado al general; el capitán Mangin cayó primero de rodillas... pero una segunda descarga le hizo caer del todo... Ambos habían dejado de existir!

Ni con esto quedó satisfecho el furor de los asesinos; después de haber concluido con sus víctimas, quisieron mutilarlas. Advirtiendo uno de ellos que el general se meneaba aun, ó usando el horrible lenguaje que empleó en su interrogatorio que aun *permeaba*, le metió dos veces la bayoneta por los riñones; otro le saltó los sesos de un culatazo; otros se cebaron en el cuerpo del capitán Mangin hasta deshacerle la cabeza; y por fin, el último, persuadido siempre que el general que acababan de matar era Cavaignac, tuvo la horrible sangre fría de ir á tentar el pecho del cadáver, para asegurarse de si tenía ó no coraza.

Los comandantes Desmarests y Gobert, olvidados en aquel instante por la atroz canalla, recobraron á poco tiempo la libertad. El primer uso que hizo de ella el valiente jefe del batallón del 24 de ligeros, fué escribir á sus compañeros la siguiente carta, que pinta de una manera sorprendente los terribles momentos que sufrió. Decía así:

«Mis queridos compañeros: Solo la Providencia y algunos hombres de buen corazón (que se encuentran en todas las clases de la sociedad) han podido salvarme; por espacio de cuatro horas he estado sufriendo las angustias de la muerte, amenazado por piedras y bayonetas, y con la perspectiva de ser fusilado: el haberme salvado de los insurgentes tiene algo de milagroso.»

»Encerrado en el cuerpo de guardia con el general de Brea, su ayudante de campo y un comandante de la 12.ª legión, me escondí en el rincón de una ventana, desde donde he visto por mis propios ojos fusilar á los dos primeros por aquellos canibales, que en seguida fueron á acabar de destrozar los cadáveres á fuerza de golpes. En el mismo momento el comandante de batallón se metió debajo de la cama de campaña, y acaso se habrá salvado como yo de la vista de aquella gente infame, pues de lo contrario hubiera tenido la misma suerte que el general y su ayudante.

»En cuanto á mí, olvidado, no sé si diga por algun milagro, me dejé conducir fuera del cuerpo de guardia, por algunas personas que, horrorizadas sin duda del asesinato que acababa de cometerse, me defendían con sus mismos cuerpos de las bayonetas que me asataban por las calles.

»Con gran trabajo lograron meterme en una casa inmediata, donde tuve que trocar los girones de mi uniforme militar por el traje innoce de los insurgentes, afeitarme el bigote y tiznarme la cara.

»De esta manera atravesé jardines y escalé las tapias del recinto para llegar á un sitio mas seguro; en efecto, llegué á casa de Mr. D***, mi salvador, el cual mandó llamar inmediatamente á mi esposa y mis hijos, que vinieron mas muertos que vivos. Este digno hombre, Mr. D***, me acompañó aun al anochechar hasta mi misma casa.

»Si al querer unirme á vosotros no tuviese la certidumbre de hallar una muerte aun mas segura que la primera vez, no vacilaría un solo instante en ir á compartir vuestros trabajos y fatigas. Me han despojado de todos mis efectos militares; puntapiés, bofetones, insultos de toda clase, nada he dejado de sufrir.

«Suplico á VV. comuniquen estas líneas, escritas á la carrera, al general que manda las tropas en reemplazo del demasiado confiado y desgraciado general de Brea, á quien no quise abandonar.

«Ojalá, amigos míos, logreis salir con felicidad de todos los pasos difíciles que pudieran presentarse, y nos reunamos lo mas pronto posible.

III.

E. DESMAREST.

Los hechos que acabamos de resumir se explicarán mejor y con mas claridad por medio de los informes de numerosos testigos, y sobre todo, de los comandantes Desmarest y Gobert, que se salvaron milagrosamente de la carnicería del 25 de junio.

Estos hechos se imputan á veinte y cinco acusados, todos de la clase jornalera.

El tribunal militar que debía entender en esta causa, después de haber buscado en vano un local suficientemente capaz para el número de testigos, acusados, etc., tuvo que hacer en el salon de audiencias del Consejo de la Guerra varias modificaciones que pudiesen satisfacer en parte aquel objeto. El salon, que en todo no tenia mas que 94 metros cuadrados, debía contener 25 acusados, y á lo menos otros tantos agentes

de la fuerza pública; 18 abogados, 15 periodistas, las mesas de los jueces, del fiscal y del escribano, y por último, 250 testigos, etc. Para conseguir esto hubo que construir y suspender del techo una especie de galería de forma circular, donde debía colocarse á los acusados, y á la cual se subía por una escalera de mano, que se quitaba después de haber subido todos ellos. La disposición de esta galería era tal, que el presidente del tribunal, para interrogar á los que estaban en ella, tenía que echar siempre la cabeza atrás y estar en una postura incómoda; además de esto, los acusados estaban separados del todo de sus defensores, y no podían tener comunicacion con ellos mientras estos no subiesen por la escalera; inconvenientes todos que, como veremos, obligaron á otras reformas en el salon.

IV.

La primera audiencia de este triste asunto se abrió el 15 de enero de 1849. Desde las nueve de la mañana entraron á tambor batiente varios destacamentos en el patio principal del edificio. En el cuarto contiguo á la sala de audiencia se estacionó un piquete de veinte hombres, al mando de un subteniente, y un batallón de reserva ocupó la parte del edificio que servía de cárcel á los acusados, enfrente del Consejo de la Guerra.

Poco antes de las once fueron introducidos entre guardias los 25 acusados, á los cuales se colocó en el orden que dejamos indicado.

Sobre el bufete del presidente se notaba un enorme legajo, y encima de la mesa varios efectos, entre los cuales se distinguían con dolor, una de las charreteras del desgraciado general, las dos charreteras del valiente capitán Mangin, las dos del comandante Gobert, que como dijimos se salvó del furor de los asesinos; el sable corvo, la corbata y el morrion del capitán Mangin; tres fusiles que se le cogieron al acusado Daix, un paquete con el uniforme ensangrentado del general, un pantalón de uniforme, una camisa, y una manga de la camisa del capitán Mangin, que se le encontró á otro de los acusados; seis cartuchos de pólvora, balas, etc.

En esta primera audiencia solo se examinaron dos acusados, que fueron, el primero, Daix, hombre de cuarenta años, sin profesion conocida, natural de Huningue, que habia estado en el hospicio de Bicetre, y á quien defendió Mr. Gresson. Negó haber tenido participacion alguna en la prision del general; al contrario, dijo que le habia consolado cuanto pudo, al punto que el mismo general le dió un abrazo, le prometió ser su segundo padre, y le dió la direccion de su casa, calle de Fronchet núm. 19. Se opuso tambien á las acusaciones de que habia hecho fuego al general y á los oficiales que lo acompañaban, procurando siempre convencer á los jueces de que habia hecho lo posible por salvarlo.

El segundo acusado que se interrogó fué un tal Jean-Alexis Nourrit, joven de diez y ocho años, natural de París, guarnicionero, defendido por Mr. Cartelier. Este confesó haber tomado parte en la insurreccion y haberse hallado en la barricada de la barrera de Fontainebleau, cuando la prision del general: pero negó su connivencia en la escena del Gran Salon, y el haber gritado por la muerte de los oficiales. Se le acusaba tambien por varios testigos de haber sido uno de los que hincaron la bayoneta al general después de muerto, lo cual pretendió negar.

V.

Al abrirse la segunda audiencia se notaron algunas variaciones en la disposicion de la sala. Varios abogados hablaron sobre la necesidad de cambiar de local; pero terminada pronto esta discusion, se procedió al segundo interrogatorio de Daix. Este ratificó como en la primera audiencia sus simpatías por el asesinado general, y atribuyó á mera casualidad, hija de las circunstancias, el habersele sorprendido con las armas que el presidente le enseñaba. Hizo interrogar en su favor á varios acusados, cuyas declaraciones no fueron muy explicitas, y que trataban por su parte de aparecer del todo inocentes.

VI.

En la audiencia del 18 fué interrogado en primer lugar el joven Goué; de veinte y tres años, natural de Nemours, curtidor, á quien se acusaba de haber animado energicamente á los asesinos del general. Sus declaraciones le presentaban bajo un aspecto impecable. Después de él se dirigió el presidente á Choppart, joven de veinte y tres años tambien, aprendiz de librero, natural de Rouvray y vecino de la barrera de Fontainebleau. Este habia depuesto contra el anterior acusado, pero se desdijo de cuanto habia dicho, declarando que habia mentido, y que no podia sufrir aquel peso en su conciencia.

Siguieron dos acusados mas, Masson, de veinte y cinco años, jornalero, á quien se habia oido dar gritos de muerte contra el general, lo cual negó; y un tal Paris, de treinta y un años, chalan, natural y habitante de París, cuyo cargo era haber evitado al general que se salvase, deteniéndole cuando iba á salvar la tapia del jardín. Varios testigos declaran que dicho Paris habia manifestado en diferentes ocasiones que conocia personalmente á los asesinos, pero que nunca diria sus nombres. Este á su vez acusa á uno de sus delatores de haber muerto á un abanderado de la guardia movilizada; pero el presidente solo puede sacar en limpio de las declaraciones de todos, que las acusaciones son imposturas, y los acusados inocentes.

El interrogatorio de Lebelleguy, muchacho de diez y siete años, guarda de caminos, produjo una gran sensacion, tanto por el pormenor de su declaracion, cuanto por el arrebatado de Nourrit, cuya circunstancia nos mueve á reproducir parte de este interrogatorio.

EL PRESIDENTE.—V. estaba en la ventana del cuerpo de guardia al lado de Nourrit. El comandante Gobert dice que estaba V. sentado.—Es falso.—Cuando supo V. que habia muerto el general, bajó V. á verle, y luego dijo V. á Nourrit: «¿Viste cómo le di el golpe mortal? aun *permeaba* (Sensacion prolongada) cuando le atravesé el cuerpo con su misma espada.» En seguida y blandiendo la espada dijo V.: «El que la quiera que la sepa ganar!» La espada estaba ensangrentada.

LEBELLEGUY.—Es falso. La espada no estaba ensangrentada. Yo no me he vanagloriado de haber herido al general.

EL PRESIDENTE.—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir que yo no queria que se creyera que me habia estado con los brazos cruzados; me figuré que aquello era una buena accion; no conocia la importancia que tenia. Nourrit fué quien hizo alarde de haber muerto al general.—¿Cómo lo hizo?—Con su fusil.—¿V. lo vió?—Sí señor; hizo luego al general.—¿Una ó muchas veces?—Un solo tiro, el primero.

NOURRIT (de diez y ocho años, natural de París, guarnicionero) levantándose con precipitacion: Señor presidente...

EL PRESIDENTE.—V. no tiene la palabra.

MR. CARTELIER (abogado de Nourrit).—La deposicion que acaba de hacer Lebelleguy da un nuevo carácter á los debates; por tanto, pido en interés de la verdad que se retire Nourrit un momento de la audiencia.

El presidente accede á esta peticion, y Nourrit sale de la sala. Continúa el interrogatorio.

EL PRESIDENTE.—Lebelleguy, V. ha tergiversado varias veces sus declaraciones. Examine V. bien su conciencia, y díganos V. lo que ha pasado.

LEBELLEGUY.—Nourrit estaba en la ventana á mi lado. Varias veces se echó á la cara el fusil apuntando al general, y por último le hizo fuego.—¿Antes que nadie?—Antes que nadie.—¿Al general?—Al general.—¿Y el fuego del peloton?—Seguio inmediatamente.—¿Y luego?—Luego entró en el cuerpo de guardia y arrancó al capitán Mangin sus charreteras y cordones. Cuando salimos, le dije que el comandante Gobert estaba debajo del entarimado; entonces quiso volver atrás y dijo: «Si hubiera sabido que estaba allí, lo hubiera fusilado.» Delante de un testigo se jactó V. de haber herido al general con su propia espada.—Es verdad.—La espada estaba aun teñida de sangre.—Eso no es cierto; Nourrit añadió: «Pues yo le he herido mas abajo.»—Cinco ó seis testigos declaran que con la espada en la mano dijo V. á Nourrit delante de la muger Bruet: «Le he dado el último golpe: su espada está aun manchada con su sangre!»—Eso no es verdad.—¿Conoce V. á todos los que hicieron fuego?—No conozco mas que á Nourrit.

Nourrit vuelve á ser introducido en la sala, y el presidente le participa cuanto ha declarado Lebelleguy.

NOURRIT.—Todo lo que ha dicho Lebelleguy es mentira. Yo hice fuego como los demás, en la descarga que nos mandaron.

EL PRESIDENTE.—¿Quién la mandó?

NOURRIT.—Yo no soy de la calaña de los delatores.

EL PRESIDENTE.—Si hubiera V. estado detrás de una barricada, comprendo muy bien, sin que esto sea una disculpa, que no quisiera V. declarar el nombre del jefe; pero en el caso presente, se trata de un hecho excepcional, horroroso; no es un acto de lucha política, sino un asesinato. Un valiente militar se entrega en manos de sus enemigos para parlamentar con ellos, su persona debe ser sagrada, y lo asesinan. Felizmente este es el primer ejemplo de un hecho tan horrible en nuestra historia.

NOURRIT.—Llámele V. asesinato si quiere. Lo que es yo, no lo tengo por asesinato, sino por hecho de guerra. A mí me atropellaron, me dieron de culatazos... por consiguiente, en cuanto tuve al general debajo *me vengué*. (Estrordinaria sensacion.)

EL PRESIDENTE.—Calle V! es V. un asesino!

NOURRIT (con violencia).—El asesino lo será V. y todos los miembros del Consejo!

EL PRESIDENTE.—Calle V., le digo!

NOURRIT (enfurecido).—Sí, repito que VV. todos son los asesinos!

Este segundo apóstrofo conmueve terriblemente al auditorio. El presidente declara que en virtud del artículo 10 de la ley de 9 de setiembre de 1835, el Consejo dispone que Nourrit sea excluido de los debates y juzgado en particular. El defensor de Nourrit y otros varios abogados entablan una acalorada discusion con respecto á la aplicacion de dicha ley. La sesion se suspende en medio de la mas viva agitacion: al cabo de dos horas y media declara el presidente que habiendo deliberado el Consejo sobre las observaciones de algunos señores abogados, ordena que en virtud del artículo 10 de la ley del 9 de setiembre de 1835, Nourrit sería espulsado de la audiencia por aquel día, esperando el Consejo que al espulsar al acusado pura y simplemente por aquel día, dicho Nourrit se conduciria de mejor manera al siguiente. El Consejo, dijo el presidente, está decidido á mantener el respeto que se le debe, y que se debe siempre á la justicia.

Después de este desagradable incidente, se decidió pedir á la familia del general Brea la espada de este, para ver si habia sido efectivamente introducida en su cuerpo. En seguida se pasó al interrogatorio de Luc, de treinta y siete años, empleado en los trabajos de puentes y calzadas, y acusado de haber tomado una parte muy activa en la insurreccion. Protestó contra los cargos que le hizo el presidente, negó las declaraciones de los testigos, y solo se redujo á patentizar su inocencia y sus sentimientos de orden. Esta audiencia se cerró con el interrogatorio de Vapreaux el mayor, de treinta y tres años, y chalan de caballos. No solo habia sido este, segun varios testigos, uno de los mas exaltados insurgentes, sino que se le acusaba de haber asesinado á un abanderado de la guardia movilizada, y de haber hecho alarde de otros varios asesinatos. Como todos sus compañeros negó los crímenes que se le imputaban.

VII.

Para la audiencia del 19 se habian hecho varias alteraciones en el salon, trasladando los asientos de los acusados á los que antes ocupaban los taquígrafos de los periódicos; estos á los de los acusados, y los defensores entre estos y la mesa del Consejo.

El acusado Nourrit, que habia sido espulsado de la audiencia el día anterior, se negó absolutamente á comparecer en la del 19. Continuaron los interrogatorios, y estando pendiente el de Lahr (albañil, de veinte y nueve años, acusado de haber hecho fuego sobre el general, acusacion que, por supuesto, negó), Mr. Cartelier, defensor de Nourrit, dijo que habiéndose negado su cliente á comparecer en los debates, sentia anunciar al Consejo que no podia continuar en el carácter de defensor de aquel individuo. A esto contestó el presidente que

su cargo de defensor había sido por nombramiento oficial, y que así no podía bajo ningún pretexto abandonar honrosamente la defensa. Esta observación del presidente fué recibida por el auditorio con señales marcadas de aprobación, y después de este incidente se pasó al exámen de Bussiéres, frutero, subteniente de la guardia nacional, de treinta y cuatro años, y acusado de capitanear á los insurgentes en la barrera de Fontainebleau. Su interrogatorio fué breve, y no se sacó de él otra cosa sino que dicho Bussiéres había sido el parlamentario entre el general y los insurrectos, y que había hecho lo posible por salvar á Mr. de Brea.

El acusado Choppart, cuyo interrogatorio siguió al de Bussiéres, parecía en instrucción é inteligencia muy superior á sus compañeros. Se expresaba con facilidad y buen lenguaje, y era uno de los que en las jornadas de junio llevaba una pa-peleta de individuo del club de los Derechos del Hombre, que era el mejor pasaporte en los distritos de donde surgía la insurrección.

Este confesó haber pertenecido á los insurgentes; pero no á los pillos y asesinos, á cuyos actos declaró haberse opuesto diferentes veces. Negó haber sido, como se le acusaba, uno de los enemigos mas decididos del general, en los terribles momentos en que se halló este desgraciado militar, y manifestó que había prestado auxilios al comandante Gobert, y que había salvado la vida al representante Larabit. Declaró que era partidario de Raspail, que se había batido por la república democrática y social; pero que en cuanto á la acusación de asesinato, la rechazaba con toda la energía de su alma; que á la primera la había defendido con lealtad, y animado por opiniones generosas, por creerla necesaria á la felicidad del pueblo; pero que los hombres que habían asesinado al general de Brea eran unos cobardes y miserables.

A este acusado, que se retiró después de hecha su declaración, siguió el interrogatorio de Nuens, relojero, de origen belga y edad de treinta y cinco años. A este individuo lo acusaba el maire del distrito, de agitador de los clubs y de raspailista consumado. El se defendió de lo primero, diciendo que no había hecho mas que aceptar los votos del club Central para la representación de candidatos en la Asamblea nacional; que en cuanto á lo de raspailista, su defensor podría explicar las causas que le movían á profesar tales principios, y que por lo demás no sabía cómo el maire se declaraba su enemigo, habiéndole antes llamado al seno del consejo municipal.

El presidente pasó á interrogar á Brassat, zapador civil, de treinta años, que confesó haber arrancado una de las charreteras del general, pero con el objeto de impedir que se maltratase á este.

VIII.

En la misma audiencia del 19 se terminaron los interrogatorios, de los cuales solo hemos apuntado lo mas interesante. Dióse en seguida principio á la deposición de los testigos, y el primero que se examinó fué Mr. Pierre Dumont, que reconoció á Vappreaux, el mayor, Gauthron y Choppart. Dijo que tratando de salvar al comandante Desmarests, vió á Gauthron amenazar con una enorme piedra al comandante, y dar gritos de *muerá*; que cuando llegaron al cuerpo de guardia, el comandante recibió un fuerte culatazo, que el testigo creía ser dirigido por Lahr, que estaba á su espalda con un fusil en la mano. Que Choppart les prohibió con fusil en mano que entrasen en el cuerpo de guardia, y que habiendo logrado entrar, al fin vió á Bussiéres muy animado y hostil hacia su prisionero. Que poco después entraron el general y el comandante Gobert, el primero sin espada, la cual el testigo le hizo restituir, etc. Los acusados Gauthron, Choppart, Lahr, y Bussiéres, mencionados en esta declaración, hacen varias preguntas al testigo para sincerarse; pero el testigo se afirma en su declaración.

Después de haber escuchado al segundo testigo, mandó el presidente comparecer á Mr. Desmarests. Esto despertó de un modo extraordinario el interés y la curiosidad del auditorio. Debido á su comportamiento en junio y al valor que manifestó en la barrera de Fontainebleau, el comandante Desmarests había sido promovido al empleo de teniente coronel del 6.º de ligeros, con cuyas insignias se presentó á la audiencia. Su fisonomía era varonil y enérgica. Se expresó con mucha moderación, y en su lenguaje se notaba el leonismo militar.

Fué examinando uno por uno á los acusados, entre los cuales reconoció á Daix por el traje, á Gauthron, á Lahr, á Naudin y á Lebelleguy. Estrañó mucho no ver entre los acusados á Nourrit, y manifestándole el presidente la causa de la ausencia de este acusado, le indicó que podía proceder á su declaración, la cual queremos transcribir íntegra:

EL TESTIGO.—A las diez de la mañana salimos del Panteon. Cuando nuestra columna, después de haber seguido los baluartes desde la barrera de Saint-Jacques, llegó á la de Fontainebleau, la esplanada estaba desierta y llena de barricadas. La reja estaba también amurallada con ladrillo hasta la altura de los hierros, dejando para único paso una pequeña puerta, cuya llave estaba por dentro de la barrera.

Yo estaba estenuado del cansancio de los dias anteriores; apenas podía hablar y mucho menos dar las voces de mando; así es que tuve que entregar al capitán mas antiguo el mando del batallón, y me quedé con el general para seguir dirigiendo los movimientos de la columna, y transmitir las órdenes que me diese el general.

Mr. de Brea, el coronel Thomas, el representante Mr. de Ludre y Mr. de Gobert entraron en la esplanada; este último con una decisión á prueba, adelantándose siempre para cerciorarse de la disposición de los insurgentes. Allí hizo lo mismo, y viendo cuáles eran las intenciones de los revoltosos, volvió hacia Mr. de Ludre, á quien dijo: «No le propongo á V. que hable con ellos, porque están muy mal dispuestos.»

El valiente general de Brea, que había visitado con buen éxito las otras barreras, que por todas partes había visto á los jornaleros deponer las armas después de leerles el decreto de la Asamblea nacional concediéndoles tres millones, creyó que la misma suerte le acompañaría esta vez. Adelantóse pues hacia ellos, y se fió de las palabras que por todas partes le dirigían, diciéndole: «Entre V., entre V.; no se le hará á V. nada.»

EL PRESIDENTE.—¿Y dónde estaban ellos?

EL TESTIGO.—Dentro de la reja, Mr. de Brea dijo entonces á Mr. de Ludre: «¿Entra V.?—No por cierto», contestó Mr. de Ludre. El general se había adelantado; varios insurgentes se llegaron á él, y cogiéndole por la mano le decían: «Venga V.; no se le hará nada.» El los siguió, y Mr. Singeot, de la compañía Ansart, entró con él. Entonces yo me adelanté hacia Mr. Gobert y Mr. Mangin, y les dije: «¿Cómo! ¿dejamos ir á un general solo? Esto es totalmente contrario á las reglas militares.» Nos adelantamos, y para que cada uno de nosotros entrase, abrian y cerraban la portezuela de que ya he hablado.

Uno de nuestros tambores, que estaba borracho, entró también con nosotros; le quitaron su uniforme, le pusieron una blusa, y le mandaron que tocara generala.

Al instante salieron de las tabernas los que había en ellas bebiendo, y en un abrir y cerrar de ojos me ví rodeado de una multitud amenazadora.

EL PRESIDENTE.—¿Quién era el tambor?

EL TESTIGO.—No le conozco, pero sé que siempre ha sido del 24.º Haré tomar las medidas necesarias para que comparezca si el Consejo lo desea. Rodeáronme, pues, y varios me dijeron: «Entre V., que no se le hará nada; ¿qué es lo que V. quiere?» Yo respondí que no iba como parlamentario; pero que allí había un representante del pueblo portador de un decreto concediendo tres millones á los trabajadores, y que venia á leerse como se lo había leído á los obreros de las otras barreras. Entonces el llamado Gauthron se acercó á mí, me miró bien de pies á cabeza, y me dijo: «¿Eres tú de la guardia movilizada?—«No», le contesté; y al instante empezó á gritar: «¡muera! muera! es un traidor!» Este grito de muerte voló de boca en boca, y lo hubieran cumplido en mí á no ser por la intervención de Mr. Dumont y Gerard, que me agarraron del brazo diciéndome: «Vamos á salvar á V., ó á lo menos á hacer todo lo que podamos.»

Sin saber cómo me encontré casi desnudo. Gauthron me arrancó una presilla, otro la charretera; este me rasgó el uniforme, que al poco tiempo salió en girones; los demás allá me quitaron el morrión á puñetazos. Quisieron quitarme mi sable, pero lo defendí, luchando con uno de aquellos hombres, que quería evitar que lo partiese sobre mi rodilla, hasta que al fin me lo llevaron.

Todo esto sucedía cerca de la casa de Penhonor. Me hicieron entrar en la trastienda y me dieron un vaso de agua. Yo estaba conmovido, como se puede pensar. La memoria de mi muger y de mis hijos me hizo brotar algunas lágrimas. (Sensación prolongada.) Entonces Mr. Dumont me dijo: «Valor! vamos á procurar salvar á V. Es necesario que vayamos al cuerpo de guardia.» Este tránsito fué de lo mas penoso. Nuens me cogió del brazo, poniéndose á mi derecha con su fusil, y nos escoltó hasta el cuerpo de guardia. Yo estoy convencido de que no me acompañaba para protegerme, sino para que no me escapara de ser fusilado.

EL PRESIDENTE.—V. no lo ha reconocido antes; vuelva á examinar á los acusados.

El testigo examina de nuevo á los acusados y señala á Nuens. Después continúa:

Los insurgentes seguían rodeándome, y quisieron varias veces detenerme en el camino para fusilarme. Por todas partes gritaban: «¡Muera! muera!» Gauthron, que no llevaba armas, quería descargarme una piedra; y si hubiera caído al suelo, seguramente me hubieran rematado á bayonetazos. Mr. Dumont es quien me salvó la vida. Había un viejecillo de cara rosada y juanetes salientes, que quería que me fusilasen en la primera callejuela. Gracias á Mr. Dumont, que decía que yo era su prisionero y que respondía de mí, pude llegar vivo al cuerpo de guardia, donde los nacionales me protegieron. «Este es un valiente oficial, dijo Mr. Berrault, capitán de la guardia, que viene con palabras de paz.» Entonces oí varios gritos de «Nada de asesinatos, nada de muertes», y por a un tiempo me protegieron los guardias nacionales.

A poco rato fué invadido el cuerpo de guardia, y se presentó Nuens mas exaltado que nunca. Al llegar allí me dieron un culatazo que, segun me ha dicho Mr. Dumont, fué Lahr quien me lo descargó. En el camino, una muger, que reconocí ser mi lavandera, se echó á los pies de los que me llevaban, gritando: «¡Piedad, es un padre de familia, no le hagais daño!»—También nosotros, contestaron aquellos furiosos, somos padres de familia. Muera! muera!» Nuens entró en el cuerpo de guardia, y dando un fuerte culatazo sobre la mesa, dijo: «Es preciso acabar de una vez, muera!», y salió á dar este grito á la turba de afuera.

En aquel momento se acercaron varios á mí, pidiéndome que diese la orden de hacer deponer las armas á mi batallón. Yo les respondí: «Si es eso lo que piden VV., fusilenme. Yo no daré semejante orden.»

Redoblaron con esto los gritos, en ocasion que se presentaron el general, Mr. Mangin y Mr. Gobert. El general se sentó cerca de una mesa con Mr. Mangin á la izquierda, después de este Mr. Gobert, y al lado de este yo. Uno de los insurgentes agarró por el cuello al general, intimándole á que rindiera sus armas; pero él se resistió, y á cada instante repetía: «Yo no me deshonraré, fusiladme!»

Yo me puse á beber con los insurgentes; procuraba trabar conversacion con algunos alemanes que había entre ellos, porque mi esposa es de Strasburgo; pero no encontré á ninguno de aquella ciudad. El general tuvo también sed y pidió de beber; pero no quiso tomar agua en el vaso que corría de boca en boca, y prefirió beber en el cubo.

Yo me había sentado cerca de la ventana, cuando oí una voz que me dijo con cierto misterio: «Ciudadano, ten cuidado con la ventana.» No sé de dónde me vino esta voz; me levanté y fui á sentarme sobre la cama de campaña. A poco rato oí de la parte de afuera una voz de muger que gritó: «Ya está aquí la guardia movilizada!» Entonces se oyeron los tiros en el cuerpo de guardia.

Como antes he dicho, estaba al lado de Mr. Gobert, el cual en aquella ocasion debo decir que se portó con un valor extraordinario. A los tiros cayó el general con la cabeza sobre la mesa, y Mangin cayó al suelo. El desgraciado jóven se volvió á levantar, y cogiéndose la cabeza entre las manos, lanzó al desplomarse un grito de agonía y desesperacion. (Cran sensación en el auditorio.)

A esta primera detonacion siguió un silencio horroroso. Poco después se dejó oír otra por la puerta y las ventanas, y

vi á un individuo que entró en la sala, dió algunos culatazos á los dos cadáveres, y salió diciendo: «Estan muertos!» (Movimiento.) Entonces dije para mí: «Este me ha olvidado sin duda; pero pronto me llegará mi vez.» (Sensación.) Afortunadamente ví entrar á Mr. Dumont y Mr. Vielle; al instante me eché en los brazos del primero, pero los gritos se reprodujeron con mas violencia y querian matarme. Yo creo que si no lo hicieron fué por no descargar sobre los suyos. No me apartaba una línea de Mr. Dumont y Mr. Vielle, y oí una voz que decía: «Dejado á ese, ya tiene bastante.—Verdad es», contestó otro; y con esto me dejaron seguir mi camino.

Mr. Dumont había ido á buscar una blusa para disfrazarme. Me quité la corbata de uniforme y todo lo que pudiera darme á conocer, y me eché la blusa; en aquel momento sentí una mano vigorosa que me apretaba el pescuezo; pero pude zafarme de ella y me llevarón á casa de Mr. Dumont, donde me afeitaron el bigote, yo mismo me quité la perilla, y á favor de una escala que echaron en el último rincón de las tapias del jardín, logré alejarme de aquellos sitios tan peligrosos. Poco después escribí á mi esposa y tranquilicé á mis amigos. (Sensación.)

Varios de los acusados mencionados en la declaración del comandante, quisieron que este modificase algunos de los incidentes que mas los comprometian, y aun citaron varios pasajes que les recomendaban, y que el comandante no sabia ó tenia olvidados. Por lo demás, el comandante Desmarests sostuvo sin variacion cuanto había dicho.

IX.

Al abrirse la audiencia del 20 de enero, era de notar la avidez y la impaciencia del auditorio por oír al comandante Gobert.

Antes de empezar este su declaración, varios acusados pidieron hacer algunas observaciones sobre ciertos hechos referidos por el comandante Desmarests, el cual declaró por último, que solo á Mr. Dumont, á Mr. Gerard y á Mr. Vielle debía la existencia; pero que en cuanto á los acusados no les debía nada, que habían decidido fusilarlo, y que este era el único objeto de ellos.

En seguida se hizo entrar á Mr. Gobert, comandante de batallón de la legion 12.ª En el ojal de la casaca llevaba la cinta de la Legion de Honor. Se adelantó hacia el banco de los acusados, los examinó sucesivamente, y reconoció á Daix, Choppart, los hermanos Vapreaux y Lebelleguy. Buscó á Nourrit, y el presidente le explicó la causa de no encontrarse allí dicho acusado.

Reconoció también el testigo su charretera sobre la mesa del presidente, é invitado por este para empezar su declaración, dió principio á ella del modo siguiente:

MR. GOBERT.—El domingo salí de mi casa para subir al Panteon. Quería hablar al general y pedirle refuerzos para la plaza de Maubert, donde se había empezado á levantar barricadas. En vez de prestarme el refuerzo, me mandó el general reunir todos los guardias nacionales que pudiese, para acompañarle á desalojar las barreras y leer el decreto de la Asamblea nacional, que concedía tres millones á los trabajadores necesitados.

Reuní la 4.ª y 7.ª compañía de mi batallón, y marchamos hacia la barrera de Saint-Jacques. Al llegar allí, y viendo que estábamos espuestos á recibir descargas, dije al general: «Si V. quiere, me adelantaré, hablaré á los insurgentes, y como guardia nacional me escucharán: por lo menos sabremos cuáles son sus intenciones.» Me dijo que hiciera lo que creyera mejor, y salí al trote hacia la barrera. Hablé en efecto á los insurgentes, les dije que aquella guerra fratricida duraba ya demasiado; que era necesario contener la efusion de sangre, y que el general que me seguía era portador de un decreto de la Asamblea, favorable á los trabajadores.

Entonces abrieron la barrera, y parecían muy dispuestos á recibir al general. Mr. de Brea se adelantó; leyó el decreto, fraternizó con ellos, y la barrera quedó limpia.

De la misma manera me dirigí solo con la guardia nacional á la barrera d' Enfer, que quedó también desalojada. Luego volvimos con el general á los baluartes interiores, y llegamos á la barrera de la Glacière, donde nos acogieron de la misma manera que en las otras dos.

Hasta entonces todo salía á medida de nuestros deseos; pero cuando llegamos á la barrera de Fontainebleau, notamos que la insurrección en ella era mucho mas grave. Me adelanté con el coronel Laugier, de la legion 12.ª; pero los insurgentes nos amenazaron, y nos convencimos de que era inútil toda tentativa de conciliacion. Volvimos adonde estaba el general, á quien participamos el aspecto hostil que presentaban los insurgentes de aquella barrera. «Yo voy á hablarles», nos respondió, y se adelantó hacia la reja, confiado y seguro de obtener el mismo buen éxito que había logrado en las otras barreras.

Desde que se acercó á los insurgentes, estos cambiaron de actitud. En vez de amenazarlo, como hicieron con nosotros, lo recibieron muy bien, diciéndole: «Entre V., no tenga V. cuidado, no se le hará nada;» y al mismo tiempo le abrieron la portezuela, por la cual entró el general con la mayor confianza. Yo entré tras él con el teniente Singeot, y detrás nos siguieron los señores Mangin y Desmarests.

Apenas entramos dentro de la reja volvieron á cerrar la portezuela: nos rodearon por todas partes y empezaron á gritar: «¡Mueran! muera! ya los tenemos!» Ibamos como arrastrando, y algunos buenos ciudadanos dijeron entonces: «Es menester llevarlos á casa del maire! vamos á casa del maire!»

EL PRESIDENTE.—¿Acompañaba V. al general?

EL TESTIGO.—Yo iba á su derecha y el teniente Singeot á su izquierda. Nos hicieron entrar en la casa inmediata á la del maire, bajo una gran puerta cochera, que cerraron después de habernos hecho entrar. Nos llevaron á empuje al jardín para salvarnos...

EL PRESIDENTE.—¿V. estaba allí con el general y el teniente Singeot?

EL TESTIGO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿Quiénes eran los hombres que acompañaban á V.?

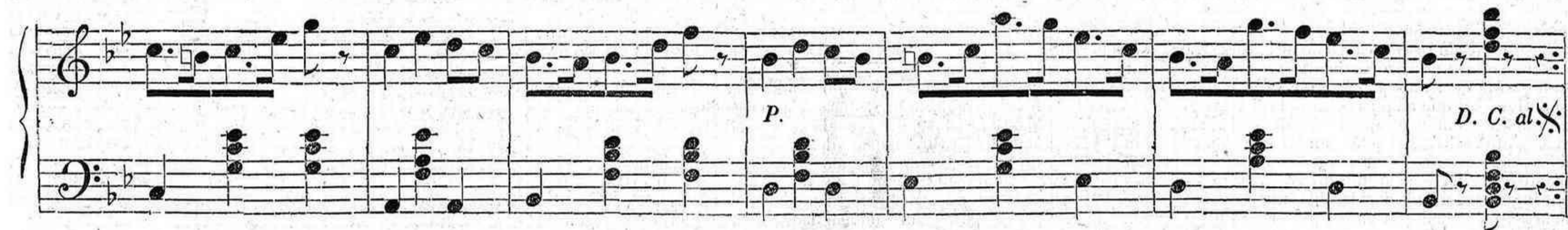
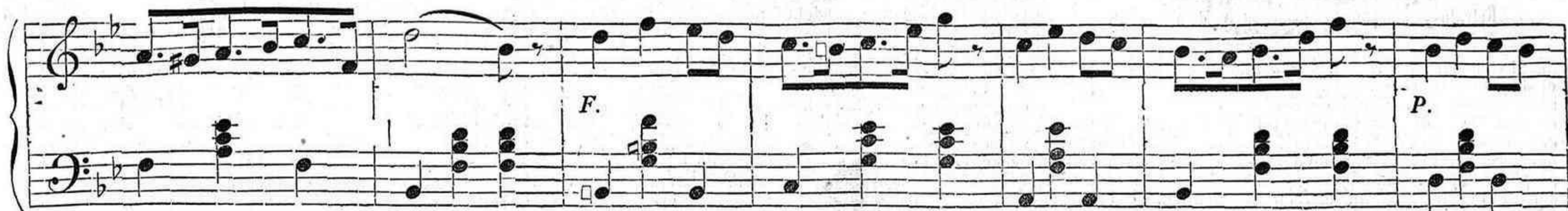
EL TESTIGO.—No les conozco; había entre ellos insurgentes; pero en general los que nos escoltaban estaban animados de buenas intenciones. (Se concluirá.)



MAZURKA.

PIANO.

TRIO....



Retratos, biografías, prólogos y dedicatorias.

Si yo llegara á ser alguna vez ministro de Hacienda, lo cual no tendría nada de particular aun cuando les chocara á algunos de mis amigos que saben soy tan poco hacendista como hacendado, había de crear una nueva contribucion que de seguro aumentaria considerablemente el Tesoro público, porque sería la renta mas pingüe del estado. No se alarmen los propietarios, ni los industriales y comerciantes, ni los ganaderos, ni los hombres que ejercen profesion ú oficio, al creer que una imposicion mas les va á mermar sus rentas á los unos, y sus utilidades á los otros. No me nieguen su voto cuando sean diputados, ni me hagan la oposicion en la imprenta si son periodistas, que por ahora estoy muy lejos (aunque con sentimiento mio) de subir á la poltrona, y además mi contribucion no afectaria á esta ni á aquella clase, ni á la de mas allá, sino que sería la ún'ca de que no se libraria bicho viviente. Creo que quien mas pagaria sería el bello sexo, y algunas nulidades del feo que en la actualidad no contribuyen con nada al estado; pero tal vez mi plan quedara sin efecto por las dificultades que encontraria para la formacion de un catastro ó estadística que pudiera servir de base para la reparticion y derrama del impuesto sobre la riqueza imponible de que aun no he hablado. De todas maneras, yo diré á mis lectores cuál es esta nueva fuente de produccion, que cual otra California puede dar de sí mucho dinero, para que si á alguno le toca subir al ministerio antes que á mí, la esploté: tengo seguridad de que con tales recursos podria salir de apuros el erario público, y quedarnos desempeñados, y como en una balsa de aceite, lo cual nos hace buena falta.

Apenas habrá una profesion ú oficio, industria ó comercio que no pague su tanto ó su cuanto para el sostenimiento del estado, sin que ni aun se libren de semejante carga, en la actualidad, las clases que dependen del erario público (1). Harto gravadas se encuentran la industria y la riqueza inmueble para que yo fuera á exigirles nuevos sacrificios; por lo mismo creo que sobre lo que podia establecerse una contribucion productiva, renta pingüe que llenaria las arcas del tesoro de dinero, es sobre LA VANIDAD, propiedad que no sufre menoscabo, papel que no baja, comercio que no tiene quiebra, cosecha que no se pierde jamás, y finalmente mina cuyo filon es inagotable, y en la cual cada uno tenemos por lo menos una accion.

Mis lectores creerán que voy á escribir algun artículo de economía, olvidándose sin duda del epigrafe con que he encabezado este; pero piensen un poco sobre las anteriores líneas, y conocerán pronto que nada hay mas lógico ni natural, que al ocuparme de retratos, biografías, prólogos y dedicatorias, me haya ocurrido buscar el origen de la mayor parte de estas producciones en la vanidad, creyendo al mismo tiempo que esta falta, ó mas bien sobra, en la humanidad, es una propiedad como otra cualquiera, sobre la cual podian los gobiernos fundar una pingüe contribucion, por el progresivo desarrollo que va adquiriendo entre nosotros. Hago aqui punto en el asunto de vanidad; y paso á hablar de lo que he puesto por cabeza de este artículo.

Hace algunos siglos llamaba tanto la atencion el que cualquiera se retratara, que solia tomarse esto como un acontecimiento extraordinario; por eso se cuenta como una cosa notable que Neron tuvo el capricho de hacerse retratar de cuerpo entero sobre un lienzo de ciento veinte piés de altura, cuya pintura fué destruida por un rayo. Apeles fué el retratista de la antigüedad que adquirió mas nota, y tal vez consistiese esto en que por entonces apenas se dedicaba ningun artista á semejante trabajo, viéndose en la precision los hombres célebres que querian legar á la posteridad una copia de su semblante, de valerse de los pintores de historia. Van-dick retrató en Inglaterra á un considerable número de personas eminentes, y el célebre Rigaud, pintor de Luis XIV, rindiendo una adulacion á los cortesanos superficiales y vanos de esta época, se ocupó mas de los ropajes y accesorios, que del parecido en el semblante. Ya en tiempo de Luis XV fué tal el abuso que en esto se introdujo, y tanta la vanidad de los principales personajes de la corte, que llegó á ser moda entre ellos el mandarse retratar, mejorando los pintores sus facciones. Tiénesse por autor de tan bajas adulaciones á Lebrun, pintor muy favorecido por Luis XIV, quien con desprecio y olvido de las reglas y preceptos del arte, se propuso adular á su rey y señor. Algunos años despues, Madama Lebrun obró una contrarevolucion en los retratos. Tambien en España conservamos excelentes lienzos, hechos por nuestros mas famosos pintores, y al pincel de Murillo, Velazquez, el Greco, Goya y otros muchos, debemos las exactas copias de los semblantes de algunas de nuestras celebridades régias, políticas, militares y literarias.

Lo que hace algunos siglos era un acontecimiento raro y una cosa reservada á un reducido número de personas notables, hoy ha venido á ser una vulgaridad tal, que gracias á la invencion del daguerrotipo, la piedra litográfica, y otras mil, apenas hay estamperia ni esquina de calle donde no se encuentren puestos, como á la vergüenza, y á manera de tertulia en solana de aldea, una porcion de copias de otras tantas caras de personas, que aunque solo las conocen el retratista, su sastre, su limpia botas y el memorialista del portal de su casa, no quieren que la posteridad se dé despues de calabazadas para averiguar si tenían las narices largas ó cortas, y si se arreglaban el pelo y el bigote con mas ó menos gracia.

Si lo dicho acontece con aquellos que nadie los conoce, cuando se trata de alguno que tenga aunque sea tan solo dos deditos de celebridad, entonces el retrato es de rigor, haciéndo por lo menos una tirada de treinta ó cuarenta mil ejemplares. No hay notabilidad de campanario, de teatro, de café, de plaza de toros ó de otra cualquiera parte, de que no se saque al momento su correspondiente retrato. Se habla de una bai-

(1) En mi obra *El libro de los retratos* manifesté, al ocuparme de las clases contribuyentes, cuán justo y equitativo me parecia que los empleados pagasen una contribucion que se les descontase de sus sueldos. Dos años despues de publicada mi obra he visto que un señor ministro de Hacienda ha establecido dicho descuento, aunque con la variante de exigir una cuota proporcional á algunas clases de las que dependen del erario público, mientras yo sostenia que debia ser el doce por ciento anual del sueldo que gocen todas, igualándolas en esto á los propietarios de fincas rústicas y urbanas, etc.

larina que hizo una zapateta ó una cabriola llena de filosofia (al decir de los inteligentes), de un cantante que subió al *mi* en vez de no pasar del *re*, de un cómico que supo morir con propiedad, de un poeta que escribio unas coplas en alabanza de un ministro que le dió un destino, de un autor que hilvanó una serie de artículos sobre la caza del elefante, que no los leyó mas que él, y si acaso el corrector de pruebas, y en seguida se sacan sus retratos, se venden ó se regalan para que todo el mundo conozca las facciones de tales notabilidades. Y al momento hay quien se pone el bigote á lo Enrique Mendez, célebre poeta; niñas que se peñan el moño á lo Garibay, graciosísima bailarina; tontos que estiran su pescuezo por tenerle tan largo como el cantante Mariconi, que consiguió llegar al *mi*: creyendo los unos que podrán ser poetas como el primero por imitarle en el bigote, las otras graciosas como la segunda, y los otros cantantes como el tercero.

Aun se saca mucho mas partido de los retratos. Hay, por ejemplo, una lucha de fieras ó un teatro de monos, y en la primera vence el toro Señorito al leon, y en el segundo agrada á la concurrencia Mad. Batavia; y al dia siguiente nos encontramos en todas las estamperías, al lado del retrato de un ex-ministro, de un torero ó de un eminente escritor, el del toro Señorito y el de la mona Batavia, que entran en coleccion con los demás, y se venden al mismo precio.

Tiene la condesa de la Berenjena un gato de Angola hermosísimo, y al momento el pincel se encarga de legar á la posteridad la copia de la cara de *Micifuz*, aunque la condesa no queda del todo satisfecha de la obra, porque un amigo la ha dicho que le falta al retrato cierta expresion de dignidad y dulzura que tiene la mirada de *Micifuz*.

El retrato, por último, lectores, es uno de los abusos de la época: no hay esquina ni puerta de calle donde no haya lo menos docena y media de caras que nadie conoce. La vanidad de lucir un uniforme bordado (aunque sea de barrendero), ó de verse confundido entre algunas notabilidades, ha hecho á una porcion de nulidades sacar su cara á la vergüenza pública. A todos se les puede perdonar semejante pecado, menos á las feas y á las viejas, que de esta manera ponen mas en evidencia su fealdad y vejez.

En unos tiempos en que todo bicho viviente tiene su correspondiente retrato, justo es que tambien aspire á que se escriba su *biografía*. ¿A quién le falta un amigo aficionado al arte de Apeles que haga la copia de su cara, ni otro aprendiz de literato que escriba su *biografía*? La *biografía* es una necesidad de la época, es tan precisa á todo hombre de algunas pretensiones sociales, como mudarse camisa diariamente, y tener una sesta parte de abono en el teatro Real. Hay un diputado que pronuncia un discurso que ha tardado ocho dias en aprender, para improvisarle despues: un poeta que escribe una oda al rio Manzanares en un dia hermoso y tranquilo de verano, que es, como si dijéramos, á un arrenal del desierto; un alto empleado, que el dia de mas gloria que dió á su país fué aquel en que dejó su destino: un general que no estuvo en ninguna batalla, un músico, un bailarín ó un cómico, cuando nadie se acuerda de ellos, sale cualquier periódico con sus *biografías*, que suelen reducirse cada una de ellas poco mas ó menos á lo siguiente:

«Nació D. Periquito en Carabanchel. Nuestras investigaciones no han sido suficientes á averiguar si fué en el de Arriba ó en el de Abajo; pero ello es lo cierto que fué en uno de los dos. Sus padres D. Martin Garabato y Doña Maria Ponte-el-manto eran de humilde y pobre condicion; pero el cariño que tenían á su hijo les obligó á hacer inmensos sacrificios para darle una educacion digna del esclarecido linaje de los Garabatos, que contaba entre otras celebridades á Sor Maria de la Circuncion del Señor, tornera de las monjas de Pinto, y al muy reverendo padre fray Romualdo, conventual de la Merced. Se cuenta que cuando bautizaron á D. Periquito (y ya ven nuestros lectores si conocemos su vida), dió grandes pruebas de ser una notabilidad, porque ni lloró ni hizo siquiera un gesto al recibir la ablucion. Alguna oscuridad se advierte en la historia de nuestro héroe, desde la circuncuncion antes apuntada hasta que comenzó á ir á la escuela, época en que ya demostró tanto talento, que fué el asombro del *fiel de fechos, del cirujano y hasta del cura* del pueblo.

»Seguir paso á paso en las carreras política y literaria á D. Periquito, fuera el cuento de nunca acabar, segun los muchos é inauditos triunfos que en ambas ha alcanzado; tantos, que si no temiéramos ofender la modestia de nuestro amigo, los referiríamos, para que el público viera cuán poco se premia en este país el mérito, etc., etc.»

Aquí nuestro buen *biógrafo* da unos cuantos golpes de incensario, bombo y platillos al bueno de D. Periquito, á quien manda antes el borrador ó las pruebas para que las corrija, y vea que su *biografía* está muy conforme con los apuntes que él le dió, y termina tan interesante trabajo. Si el protagonista es un general, el *biógrafo* pone en lugar correspondiente aquello de que ya indicaba ser un Napoleón ó un Alejandro, cuando de niño subia á los tejados de la iglesia á coger nidos; y si fuere un alto gobernante, que siempre se tomó gran cuidado por los negocios de su casa; de manera que, con el patron anterior y unas cuantas variantes, se pueden escribir *biografías* á porrillo, ya que todo zascandil ha de tener la suya.

Los prólogos son un apéndice á las *biografías* y retratos. No hay obra por mala que sea donde no se ponga al frente el retrato, la *biografía* del autor, y un largo y adulador prólogo escrito por él mismo, y firmado por cualquiera de sus amigos de mas confianza. Afortunadamente nadie lee los prólogos, porque convencido ya el público de que no son otra cosa que un discurso apologético de las bellezas que supone el que le escribe debe tener la obra, no quiere gastar el tiempo, y hace muy bien, en enterarse de cualquiera escena de gabinete entre el autor de la obra y el del prólogo, en la cual presenta este á aquel tan candido y modesto, que ha sido preciso robarle el manuscrito y llevarle á casa del impresor, para conseguir que no continúe en el fondo del olvido tan preciosa obra.

Despues del retrato, la *biografía* y el prólogo, no puede faltar la *dedicatoria*.

Las *dedicatorias* son por lo regular ó una adulacion ó un memorial. Son lo primero cuando se dirigen á persona de quien se espera, y lo segundo cuando tienen por objeto una peticion mas ó menos embozada. Las menos veces es la *dedicatoria* una demostracion pura de amistad y cariño.

El nombre de un Escelencia, ó por lo menos de un Usía es muy importante en el presente caso, y desde luego preferible al de alguna notabilidad literaria, porque si bien el último puede dar honra á la obra, especialmente para con los tontos, los Escelencias ó Usías pueden pagar la impresion, ó por lo menos hacer un regalo al autor, lo cual en los tiempos que corren para la literatura, significa *provecho*: además que todo Escelentísimo ó Usía vale ó puede valer, y teniendo en cuenta aquello de que

el que á buen árbol se arri
buena sombra le cobia...

es muy fácil que el protector haga algo en favor de su protegido. Cuando una obra lleva al frente el retrato de su autor, su *biografía*, un prólogo firmado por cualquier amigo, y una pomposa dedicatoria (si puede ser en verso) á un elevado y alto personaje, aunque no valga un pito, puede desde luego contar con una celebridad eterna.

Yo, lectores, he tenido intencion de poner á la cabeza de este escrito *mi retrato*, despues *mi biografía* y un prólogo que hubiera redactado por no cansar á ningun amigo; pero temeroso de que os asustara la copia de mi cara, y satisfecho de que no tendriais gran curiosidad por saber lo que me pasó en la escuela, ni si me atasqué ó no en el *quis vel quis*, he suprimido el retrato, la *biografía* y el prólogo, aun cuando no la *dedicatoria*; porque si no lo llevais á mal, queridos lectores, he decidido dedicaros, á todos y á cada uno de vosotros, ya seas Escelencias y Usías, ó modestos D. Fulanos, ó simples señores Menganos, y á vosotras tambien, lectoras, especialmente si sois jóvenes y bonitas, el presente artículo, que os suplica admitais.

EL BARON DE ILLESCAS.

AÑO BISIESTO. (1)

El epigrafe de este articulo recuerda un suceso periódico que todos estamos acostumbrados á dejar pasar, sin que llamemos nuestra atencion ni su historia, ni su significacion, ni su importancia, lo cual indudablemente acontece por la comun creencia de que poco interesan el conocimiento y la apreciacion de un hecho que en cada cuatro años se repite una vez, y que en nada visible altera el orden constante de la sociedad y de las leyes invariables que rigen el mundo. Y á la verdad no debe en lo general parecer acontecimiento digno de gran estima que el año de 1848 tuviera un dia mas que el de 1849, ni que el de 1853 tenga uno menos que el de 1852, y tampoco que el mes de febrero cuente en unos años 28 dias y en otros 29. Pero si nos apartamos algun tanto de la manera con que la generalidad de las personas suele mirar y considerar los hechos ordinarios, y queremos saber por qué necesidad ó por qué capricho los encargados de redactar el calendario sancionan de un modo inapelable, que en el presente mes de febrero hemos de pasar sobre la tierra un dia mas que en iguales meses del año que finó y del que está por venir, nos acomete la curiosidad de escudriñar los tiempos pasados, y de averiguar si existe alguna causa, razon ó motivo para acordar en tales y tan absolutos términos la prolongacion de la vida por un dia mas para los mortales dichosos que logren la felicidad de ser visitados por los vientos del mes de marzo. Esta curiosidad nos ha obligado á hacer algunos estudios, y hechos, no hemos querido reservar para nosotros solos su resultado, sino que preferimos trasmitirle á los lectores que tengan la paciencia de serlo de este escrito.

Muchos han sido los sistemas que los indios, los caldeos, los persas, los egipcios, los hebreos, los griegos y los musulmanes han ensayado para contar los dias del año y establecer una medida del tiempo que correspondiera á las rotaciones diaria y anual del sol (segun los antiguos creian), pudiendo hoy asegurarse, sin temor de incurrir en equivocacion, que no vieron cumplidos sus deseos de acierto, á pesar de sus invenciones de años *astroológicos, embolismales, sagrados, civiles, artificiales, nabonasarios, metónicos, labantes, cíclicos, olímpicos, lunisulares, lunares*, y otros muchos cuyos nombres no consignamos por no causar molestia á nuestros lectores, y de los que todos tienen diferente espacio de tiempo y comienzan en distinto dia. Así es que en los libros históricos de las naciones primitivas, se observa que la duracion de los años no es enteramente igual en sus diversos periodos, y tambien que no se ajusta á la division que nosotros conocemos hoy; y esto mismo sucede en las historias de algunos pueblos modernos, siendo notorio que hasta entre el mahometano, cuya existencia es de una edad bastante próxima y conocida, se cuentan de dos maneras los años de la *Hegira*. Estas frecuentes variaciones no dieron, sin embargo, á las primitivas naciones un cómputo exacto y seguro; y aun las modernas que no siguen los preceptos de la Iglesia católica, ó que no se han conformado con sus disposiciones en este ramo, todavia distan bastante de tener un sistema fijo y no sujeto á vicisitudes de ninguna especie; pero el catolicismo, continuando las antiguas reformas, ha llegado por fin á establecer sobre bases ciertas é inalterables la duracion de los siglos, coordinándola con el curso constante y periódico de los movimientos de la tierra. Por esta razon vamos á dar á conocer las vicisitudes porque ha pasado en el mundo civilizado el espacio de tiempo que se conoce con el nombre genérico y comun de año.

En la mas remota edad de Roma, y al mismo tiempo que su fundador ponía los cimientos de una ciudad que habia de ser la dominadora del universo, primero por la fuerza de las armas y de la política, y mas tarde por el imperio de la religion, se ocupó ya Rómulo de arreglar el tiempo y de determinar en periodos fijos, comenzando el año, segun el calendario que se cree obra suya, en el mes de marzo, y durando 304 dias, distribuidos en 10 meses, de los cuales setiembre era el sétimo, y diciembre el décimo y último. Pero á poco de hecho este señalamiento, Rómulo mismo conoció

(1) Para formar este artículo se han tenido á la vista los escritos siguientes: Consulta elevada á Nuestro Santo Padre Gregorio XIII. sobre la necesidad de reformar el Calendario Juliano. La Bula de reforma. La Clave historial del P. M. Florez. Un trabajo publicado por el ilustrado D. Julian Celorrio, cura párroco de la ciudad de Soria.

su inexactitud, y la necesidad de hacer concordar el año civil con el solar ó trópico, que es la duracion de tiempo entre dos pasos del sol por uno de los equinoccios; y como este año consta, segun las mas exactas observaciones, de 365 días, 5 horas, 48 minutos y 50 segundos, resultaba que el año de Rómulo tenia 61 días, 5 horas, 48 minutos y 50 segundos menos que el año solar, por cuya razon se vió precisado á hacer frecuentes y arbitrarias intercalaciones ó adiciones de días.

Estas intercalaciones, como es fácil conocer, rompian la cadena que Rómulo habia formado, y producian continuas alteraciones en las fiestas populares y en las épocas mas notables para los trabajos de la agricultura; y conociendo esto Numa Pompilio, legislador y segundo rey de Roma, se dedicó á reformar la obra de su antecesor, verificándolo con la adición al año conocido de los meses de enero y febrero, aquel al principio y este al fin. Para que la igualdad fuera la mas completa posible, dotó á todos los meses de un número impar de días, y formó una serie de cuatro años, de los cuales el primero constaba de 12 meses de 29 días cada uno, á los que se añadan siete intercalares que hacian 355 días; el segundo estaba dividido en 12 meses de 31 días, á que se añadan cinco intercalares que componian 377 días; el tercero era lo mismo que el primero; y el cuarto tenia 12 meses de 31 días, con seis intercalares; volviendo despues á comenzar otra serie igual de cuatro años. Esa reforma fué indudablemente favorable; pero distaba mucho todavía de la perfeccion, porque los cuatro años referidos contaban 1,465 días, y por consiguiente daban un año medio del 366 días y seis horas, esto es, un día, 11 minutos y 10 segundos mas que el año solar, de donde resultaba que al principio de este se adelantaba un día en cada cuatro años; y habiéndolo observado Numa, encargó la debida correccion á los pontífices, quienes propusieron una mudanza apenas conocida, y de la que solo se tiene noticia porque desde entonces comenzó el año en el solsticio de invierno, por los meses de enero, marzo y abril, y concluyó por los de diciembre y febrero.

Así, no obstante, continuó dividido el tiempo hasta el consulado de Julio César, sin otra alteracion que la hecha por los decemvros en 430, reducida á colocar el mes de febrero despues del de enero, conservando sus nombres setiembre y octubre, aunque no eran ya el sétimo y el octavo mes; mas no habiéndose cuidado por bastante tiempo los magistrados públicos de intercalar los días designados por Numa, presentaba el calendario una monstruosa confusion al obtener Julio César la dignidad consular en el año 693 de la fundacion de Roma.

Hombre era este guerrero y literato, eminentemente organizador, y como sabia apreciar el valor del tiempo, notó al momento el desarreglo en que le hallaba para los efectos civiles; mas no creyéndose con saber bastante para hacer por sí la correccion necesaria, trajo á Roma desde Egipto en el año 49, antes de la era cristiana, al astrónomo Sosigenes, el cual determinó suprimir 90 días del año 47 de la misma, para restablecer de este modo la concordancia del año civil con el solar. Empezó á regir la reforma Juliana en el primer día del año 45 anterior á dicha era, ó sea en el 4669 del llamado período antiguo, siendo el año primero Juliano durante el cuarto consulado de César y uno antes de su muerte.

Tuvieron desde este momento los meses romanos casi igual duracion que en la actualidad tienen los nuestros, llamándose el primer día del mes las *Kalendas*, de donde viene la palabra *Calendario*, el 3 las *Nonas*, el 13 los *Idus*, á no ser en los meses de marzo, mayo, julio y octubre, en que eran el 7 las *Nonas* y el 15 los *Idus*; designándose los demás días por los que faltaban hasta las *Kalendas*, las *Nonas* ó los *Idus*. La correccion Juliana aumentó un día mas de cuatro en cuatro años, constando el cuarto de 366 días, cuyo día añadido se colocó en el 23 de febrero, y se llamó el *segundo sexto Kalendas*, de donde procede la palabra castellana *Bisiesto* con que se designa entre nosotros el año de 366 días. Los meses de *Quintilis* y *Sextilis* fueron bautizados con los nombres de julio y agosto en honor de Julio César y de Augusto, debiéndose á aquel el calendario Juliano, que da al año la duracion de 365 días y 6 horas cabales, ó lo que es lo mismo, 11 minutos y 10 segundos mas larga que la del año solar.

La intercalacion pues de un día entero en cada cuatro años, introducida por la reforma Juliana, no era todavía perfecta, porque el error de 11 minutos y 10 segundos daba en 130 años un día mas el año civil, de donde resultó que en el siglo XVI el año civil empezó diez días despues que el año solar, verificándose el equinoccio de primavera el 11 de marzo en lugar del 21. De este adelanto del tiempo se seguian graves trastornos para los pueblos, y padecian notable detrimento algunas disposiciones del concilio general de Nicea, puesto que contra lo espresamente determinado en ellas, se celebraba varios años la fiesta de la Pascua de la Resurreccion del Señor antes del equinoccio de primavera, debiendo celebrarse despues; por cuya razon los concilios de Constanza, de Basilea y de Trento, sintieron la necesidad de poner remedio á tal desorden, sin que no obstante acometieran la empresa, acaso por el temor de que fuere superior á sus fuerzas. Pero el 14 de mayo de 1572 subió al solio pontificio, vacante por defuncion del papa Pio V, el cardenal Hugo Buoncompagni, natural de Bolonia, que tomó el nombre de Gregorio XIII, y en el año de 1575 convocó á los sabios astrónomos Vicente Laurier, Cristóbal Clavio y al español Chacon, quienes comenzaron la obra y la continuaron con constancia bajo la inspeccion del mismo sumo pontífice, que examinaba y corregia sus trabajos, dándola por fin concluida Luis Libo en el año de 1582. El plan propuesto estaba reducido á que en el año de 1582 se suprimiesen diez días, y que el siguiente al jueves 4 de octubre se llamase viernes 15 del mismo mes; de modo que el orden de contar los días se verificase así: 1, 2, 3, 4, 15, 16, 17, 18, y sucesivamente. A fin de que no se repitiera la confusion producida por el error de los 10 minutos y 11 segundos, aconsejaron la supresion de tres bisiestos seculares en cada cuatro centurias, de manera que los años de 1700, 1800 y 1900, que deberían ser bisiestos segun la reforma Juliana, no lo fuesen, teniendo solo 365 días, y que el año 2000 sea bisiesto, y así de cuatro en cuatro siglos; de modo que en un período de 400 años solo se intercalan 97 días. Esta reforma se adoptó muy luego en

las naciones católicas; pero los protestantes la desecharon por su origen, siguiendo el calendario antiguo, hasta que en 1751 se vieron en la necesidad de admitirla por ser muy útil y beneficiosa. Hasta entonces contaban de distinto modo que nosotros, como lo hace hoy mismo la Rusia, que es la única nacion de Europa que conserva el año Juliano.

Inmensa y muy trascendental es la importancia de la institucion del año bisiesto, segun el orden y el período establecidos por Julio César, y corregidos por Gregorio XIII; porque si no hubiese años bisiestos contaríamos un año y noventa días mas que la fecha que actualmente rige; por manera que en 28 de febrero del presente año contaríamos 29 de mayo de 1853, y llegaría un tiempo en que el día 21 de diciembre sería el mas largo de todo el año, sintiendo en el mes de enero los ardientes calores del de junio. Es por lo mismo de un mérito superior y de grandísimo interés la correccion Gregoriana, porque en virtud de este arreglo, el principio del año trópico se anticipa tan poco al principio del año civil, que solo cuando hayan pasado 92,308 años, desde el de 1582 (esto es, en 93,890), se adelantará veinte y cuatro horas enteras, y hasta aquella época no será necesario añadir al año civil un día mas que los señalados por el gran pontífice.

Para acercarnos á la conclusion de este articulo, parecéonos propio dar en él una regla para conocer cuál año será bisiesto y cuál no, y la daremos, porque es bien sencilla. Escrito el año, se dividen por 4 los dos últimos guarismos á la derecha del propuesto; si el cociente es exacto, el año será bisiesto; si la particion da por resta un 1, un 2 ó un 3, el año será el primero, el segundo ó el tercero despues del bisiesto. Por ejemplo, el año de 1960 será bisiesto, porque dividido 60 por 4 da exactamente 15; el año 1961 será el primero despues del bisiesto, porque hay un cociente de 1, etc. Si el año es secular, en vez de dividir los dos números de la derecha, se dividen los dos de la izquierda.

Terminaremos nuestro trabajo manifestado la época en que, no hace todavía muchos siglos, comenzaban los años en algunas naciones de Europa. Los franceses, hasta 1564, daban principio al año por la Pascua de Resurreccion; los venecianos el 25 de marzo, día de la Encarnacion; los genoveses el 23 de diciembre, que lo es de la Natividad; y los griegos en el día 8 de diciembre, que es el de la Concepcion. De esta diferencia del principio de los años resultan las notables que se advierten en varias historias de la edad media, respecto al señalamiento de los días y de los años en que han acaecido sucesos memorables y que deben trasmitirse de generacion en generacion.

Esto es cuanto nos ha sido dado investigar respecto á la historia, significacion é importancia del año bisiesto.

Para viajar por el aire.

Los globos van á ceder pronto el puesto á una nueva invencion aerostática, impulsada por un agente desconocido hasta ahora, porque el inventor de este procedimiento no ha querido revelar su nombre. Lo que asegura es que el aparato de ascension no consistirá en una débil tela, espuesta á la accion del fuego y de los vientos furiosos: será un cuerpo sólidamente construido, en que se podrán emprender con toda seguridad largos viajes.

Con esto y con el gran puente submarino que debe unir (cuando se haga) á la Inglaterra con el Continente, tendremos resuelto el problema de los elementos vencidos.

Incendios.

Son por desgracia tan frecuentes los que ocurren en la California, que apenas transcurre un mes sin que los explotadores tengan que lamentar dos ó tres acontecimientos de este género. En agosto del año pasado estalló uno en San Francisco que ocasionó grandes desastres é inmensas pérdidas.

Este incendio, que dió principio en la calle llamada de Elay, se extendió con espantosa rapidez, devorando á su paso casas, almacenes y monumentos. Barrios enteros fueron presa de las llamas, y millares de habitantes se vieron reducidos en pocos instantes á la miseria: de todas sus propiedades y caudales no quedaron mas que cenizas.

Tambien alcanzó el voraz elemento á los buques surtos en la rada, quedando muchísimos abrasados.

Entre los edificios consumidos se contaba la aduana, y las pérdidas se calcularon en mas de quince millones de dollars.

Perros carlines.

Hará como unos cincuenta años que esta casta abundaba mucho en España: hoy escasea notablemente, y algunos la conocen únicamente de nombre, pues la raza se va estinguendo, de manera que si sigue del mismo modo, no se encontrará dentro de poco tiempo un carlin por un ojo de la cara.

Los primeros carlines conocidos co-taban muchísimo, eran celebrados en prosa y verso, y llegó el caso de dedicárseles un poema. Cuando aparecieron en Inglaterra en 1760, el famoso Carlin Bertinazi dirigia el teatro italiano de París, representando el papel de arlequin, en el cual hacia furor. La cara aplastada y negra de los carlines le pareció admirable para dar nuevo realce á la parte mimica, y convirtió á estos cuadrúpedos en bufones. Les dió su nombre y les hizo partícipes de los favores que obtenia del público.

A pesar de los triunfos que han obtenido por su habilidad y descaro, los carlines en toda su pureza no han llegado á conservarse un siglo. Existen algunos sin embargo, pero ya no se miran con aprecio, y solo en Londres son todavía estimados.

Un lord tuvo hace dos ó tres años el capricho de que un carlin que poseia convidase á un banquete á todos sus hermanos residentes en la capital del Reino Unido. Hubo papeletas en papel satinado y todos los demás cumplimientos usados en casos semejantes. Todos los perros llegaron á la cita en elegantes carruajes, distinguiéndose miss Desdemona, lord Otelo y otros nobles convidados. Todo fue alegría y júbilo, hasta que aparecieron en la mesa los primeros manjares: la cohorte canina se precipitó sobre ellos, los disputó á mordidas y aullidos, y hubo tal destrozo de platos y fuentes, que aquello se convirtió en un campo de Agramante.

Parece que los carlines solo quisieron parodiar algunos otros banquetes de que tenemos noticia.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

VISTA INTERIOR DEL ESTABLECIMIENTO DE MM. MAME Y COMPAÑIA, IMPRESORES DE TOURS.

Los departamentos de esta imprenta, construidos con las mejores condiciones de luz y de temperatura, son los mas grandes que existen en Francia: 18 grandes prensas mecánicas, movidas por cuatro máquinas de vapor; cerca de 350 operarios tipógrafos, y una direccion hábil é inteligente, han hecho que dicho establecimiento, destinado especialmente á obras de educacion, sea el primero de su clase.

MM. Mamé y compañía han sido premiados varias veces en diversas exposiciones francesas, y se ha hecho mencion pública de su casa en la universal de Londres.

VENUS.

Ya hemos hablado de los bellísimos vasos etruscos espuestos por la casa Joshua Wedgwood. Las estatuas que salen de sus talleres son magníficas. En otro número hemos reproducido el grabado del Amor, y hoy publicamos el de la Venus, que forma grupo con la mencionada estatua.

El dibujante ha conservado escrupulosamente toda la pureza de los lineamientos de Flaxmann, y el estatuario se ha esmerado á sí mismo en la perfeccion de un trabajo que ha debido ofrecerle inmensas dificultades.

MÁQUINA OSCILANTE DE VAPOR.

Desde los primeros descubrimientos de Salomon de Caus y los ensayos de Papin; desde la primera máquina de vapor construida por Newcomen, que funcionó en las minas de Cornouailles, los inventores que han trabajado para mejorar dichas máquinas, no hacian mas que añadirles nuevas piezas, de modo que han llegado á formar un aparato sumamente complicado.

Los ensayos de Watt por medio del cilindro de alta y media presion de Woll, han hecho que la máquina de vapor pueda funcionar con la regularidad de movimiento de un reloj de bolsillo; pero estas ventajas se han obtenido á un precio exorbitante.

El problema por resolver consiste en hallar un sistema que conservando dicha regularidad, haga que la condensacion del vapor se componga de elementos simples y poco numerosos, á fin de que los gastos sean moderados. Esto es lo que han procurado realizar los constructores de máquinas oscilantes.

El grabado que ofrecemos representa una de ellas, y tiene la ventaja de ser sencilla y al mismo tiempo barata: se usan ya mucho en París. El plan de Mr. Atherton es aplicable á una trasmision de movimientos y á una accion directa, segun se ve en la figura 1.^a La 2.^a representa esta misma máquina aplicada directamente á un movimiento rápido. Hé aquí en resumen las mejoras introducidas en ella por Mr. Atherton:

1.^a El sistema es poco elevado, porque la balanza se halla colocada inmediatamente sobre el condensador.

2.^a Estando la balanza en una posicion central, y unida directamente al piston y á la manecilla, no puede haber sacudimientos ni rupturas de piezas, que son comunes en otros sistemas.

3.^a Se han suprimido el paralelogramo y los demás aparatos que se usan para guiar el curso del piston.

4.^a Estas simplificaciones hacen que no haya el menor peligro en acercarse á la máquina.

MÁQUINA DE VAPOR PARA BUQUES.

Es la misma que la anterior, con la diferencia de que su autor ha colocado los resortes transversales en sentido inverso, esto es, á lo largo del buque. Tiene además dos cilindros que comunican una potencia doble, casi en el mismo espacio, de modo que la balanza solo tiene que transmitir la mitad de la fuerza al aparato. Ignoramos cuáles serán los resultados prácticos de un procedimiento que hasta ahora no se ha empleado; pero podemos asegurar que la enorme precipitacion de movimientos de esta máquina, corresponde á un sistema bastante preconizado en Inglaterra, y que en los elementos físicos constitutivos del movimiento tiende á dar á la rapidez la preponderancia sobre el espacio: es decir, que en las aplicaciones mecánicas, los partidarios de este sistema pretenden que es mas conveniente, para obtener un resultado fijo, emplear máquinas pequeñas, con tal que funcionen rápidamente, que máquinas grandes sujetas á un movimiento acompasado.

La esperiencia decidirá esta cuestion, que hoy preocupa mucho á los que se dedican á introducir mejoras en las máquinas de presion.

ESTATUA DE SAFO.

El autor de este delicado trabajo es M. de Coppeland, cuya fama es europea. La estatua es de porcelana, y se conoce que el artista ha querido rivalizar con las fábricas de Dresde y de Sevres. Los ingleses llaman á este nuevo género *porcelana estatuaria* ó de Paros. Se han presentado muchas obras de esta clase en la Exposicion, como las *Pléyadas*, *Io* y *Baco*, la *Volta del Hijo pródigo* etc.; pero ninguna puede compararse en mérito artístico á la *Safo*, que está representada en el acto de invocar al Amor en su última y tristísima improvisacion sobre el promontorio de Léucades.

MANTELERIA.

Nadie desconoce la superioridad de las fábricas inglesas en este género, que es uno de los ramos mas adelantados de su industria.

La muestra que aquí presentamos ha salido de los talleres de una fábrica dedicada especialmente á esta clase particular de tejidos. Se trata de la que existe en Dunferline.

Este manta es obra de Mr. Bivrell, con arreglo á un dibujo de Mr. Patton, y se conoce que está destinado para una mesa real, pues en el centro se ve el retrato de la reina Victoria, y el bordado es riquísimo.

La esportacion de dicha fábrica, de objetos destinados á América, es considerable: las primeras materias que emplea son siempre las mas finas, como el lino de Flandes, y sobre todo el de Bergues, que se recomienda por su suavidad y finura.



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.